
CUATRO a MERCURIO
PETER KAPRA
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
Ibañez

Cuatro a Mercurio

Peter Kapra

Luchadores del Espacio/167

CAPÍTULO I

AL descubrir aquellos dos hombres, la sorpresa de los cuatro terrestres no pudo ser mayor. Su primer pensamiento fue suponer que otra potencia de la Tierra había enviado una astronave de exploración. Abrieron, claro está, mucho los ojos, como puede abrirlos quien presencia el más insólito fenómeno. Después se dedicaron a escudriñarlos con interés casi científico.

Ninguno de los cuatro hombres que acababan de efectuar el aterrizaje violento en el primer planeta del Sistema tenía noticias de la existencia de seres vivos en Mercurio. Es más, dada la proximidad de Mercurio al Sol, unos 58 millones de kilómetros (0,389 U. A.), la temperatura de aquel mundo ardiente pasaba de los ciento cuarenta grados centígrados sobre cero y ningún astrofísico habría osado imaginar siquiera la posibilidad de vida orgánica allí.

Pero las dos figuras caminaban por la amarilla hendidura y no eran fruto de ningún espejismo. Eran seres vivos y, aparentemente, su forma análoga a los humanos de la Tierra.

—Grund, ve a buscarme los prismáticos— dijo uno de los terrestres dirigiéndose al que miraba a los extraños seres formando visera con su mano enguantada sobre el cristal de su casco escafandra.

Grund, un sujeto de semblante juvenil, dio media vuelta y corrió hacia el brillante cohete espacial, cuyo cono de proa había quedado algo deteriorado a causa del impacto contra la ladera del cráter. Desapareció por la abierta escotilla y surgió casi al instante llevando dos objetos en las manos: los prismáticos pedidos y un rifle de largo alcance provisto de punto de mira telescópico, único anteojo que había encontrado más al alcance de la mano, para poder observar también con él a los extraños seres.

Basser, el jefe de la expedición terrestre, tomó los prismáticos que le tendía Grund y se concentró en su examen. Grund, por su parte, apuntó con el rifle, acto que hizo abalanzarse a un tercer personaje llamado Gilbert, haciéndole bajar el arma.

—¿Qué ibas a hacer, loco?— gritó al mismo tiempo.

—¡Déjame! —protestó Grund—. No pensaba disparar... sólo mirar por el punto telescópico.

—Dame esa arma, no me fío un pelo de ti.

De un tirón arrebató Gilbert el rifle al más joven de la expedición tendiéndose en el suelo, junto a Basser, y poniéndose a mirar él.

Los dos hombres, objeto de la curiosidad de la expedición terrestre, parecían dirigirse a un punto determinado. No obstante, andaban con

precaución, porque el suelo era blando, inclinado y resbaladizo. De cuando en cuando el de la izquierda se volvía a su compañero y parecía decirle algo, pues movía las manos de un modo raro. Lo más insólito eran sus ropas, especie de clámides o capas amplias y las capuchas que cubrían sus cabezas.
Basser, con los prismáticos de gran alcance, examinó meticulosamente a los dos hombres y captó algunos detalles que le llenaron de perplejidad y le hicieron fruncir el ceño. Por ejemplo, el color de las prendas de vestir, la forma, dos objetos cuadrados y negros que llevaban a la espalda y el caminar torpe e inseguro.
—Apuesto que son rusos que tienen una base por alguno de estos contornos —sugirió Gilbert volviéndose hacia Basser.
Pero se detuvo porque éste ni se molestó en contestar.
Precisamente en aquel instante los extraños individuos se habían detenido. Ante ellos había un declive, que con la distancia parecía arenoso y donde la hendidura se bifurcaba en dos brazos: uno, que parecía conducir a la meseta azulada y abrasada por el sol, y el otro, se perdía tras el declive.
Vio Basser cómo uno de ellos se agachaba y cogía algo del suelo, examinándolo después en la palma de la mano. Luego emprendieron otra vez el camino, tras haber cambiado algunas palabras, según los gestos de sus manos, y terminaron por desaparecer en el paso de la hendidura que daba la vuelta al declive.
Basser se incorporó al instante y Gilbert le imitó. El jefe de la expedición miró a los tres hombres que le rodeaban y pareció pensar en lo que iba a decirles.
—Habéis visto igual que yo a esos individuos —empezó a decir—. Y no sé qué pensar... Terrestres no pueden ser, porque... ¡Bueno, hay muchas razones! Por otra parte son iguales a nosotros en todo menos en el atuendo. Al parecer no llevan escafandras de vacío ni trajes aislantes, además parecen estar efectuando alguna inspección... ¿Qué podemos hacer?
El cuarto personaje, un joven llamado Adiorán Sauno, brasileño y de filiación filósofo, de la reciente filosofía que repudiaba todo el antecedente histórico secular, desde Aristóteles hasta Ghana Barum, el preclaro historiador indio, no hizo más movimiento que encogerse de hombros. Las palabras de Basser no le habían gustado nunca como palabras; los hechos de Basser tampoco le habían gustado jamás como hechos, y Basser, personalmente, era un estulto, un pedante y un cretino.
Sauno ya había dicho a Basser en cierta ocasión lo que pensaba de él.
Pues bien, Adiorán Sauno habría descendido por la torrentera de lava estratificada y habría corrido en pos de los extraños seres; pero en

Marte fue advertido severamente por el Comandante de la Colonia de Adaptación y experimentación, que debía obedecer en todo y por todo a Basser, «regla ésta imprescindible en los vuelos de exploración al Espacio para conservar la disciplina, el orden, etc., etc.» —palabras textuales de Aghar, el precitado comandante.
Y por una vez, quizá la única desde que la expedición salió de Marte, pronto iba a cumplirse un año, Basser decidió hacer lo que habría hecho Adiorán.
—Dos de nosotros irán a ver quiénes son esos hombres —¡la clásica expresión impersonal de Basser!—, y vosotros dos, Gilbert y Grund, quedaréis vigilando la nave y a la escucha de mis instrucciones.
¡Curioso circunloquio digno de la moderna escuela de retórica! Lo peor era que Basser solía hablar así muy a menudo.
—Está bien —dijo simplemente Gilbert.
—¿Vamos? —preguntó Adiorán. Negó con la cabeza, sacudiendo el casco en ambos sentidos, cuando Gilbert le ofreció el rifle. No, gracias, Gilbert. Soy muy impulsivo y quiero evitar la tentación de matar a un aborigen.
—¿Aborigen? ¡Yo diría mejor orientales de la Tierra, Sauno!
El aludido frunció los labios y se encogió de hombros otra vez. Después repuso:
—Ya lo veremos... ¿Vamos, Basser?

* * *

El jefe de la expedición terrestre no habría reconocido jamás delante de Adiorán que andaba desorientado. Al perder las huellas de las pisadas en la arena, a causa del nuevo suelo de roca cristalizada, se arrepintió de haber elegido la compañía del «neo-filósofo», como solía llamar a Sauno, y caminando algo adelantado de su compañero, creía presentir la sonrisa malévola e irónica del brasileño.
Mas cuando se volvió no vio sonreír a Adiorán.
Este, por el contrario, estaba más grave que de costumbre y miraba en derredor con ojos penetrantes. El sudor hacía brillar su frente, que dentro de la escafandra, parecía la frente de un minero, negra y brillante.
Hacía rato que habían partido del lugar donde estaba la nave espacial. Al principio el camino fue fácil: descender la torrentera, penetrar en la hendidura, seguir los pasos marcados en el suelo blando hasta el declive arenoso, torcer a la izquierda, bajar la suave pendiente, tropezar con el muro de piedra, torcer hacia el único paso viable, penetrar en el terreno de sílice estratificado y... ¡Perderse, todo fue seguido!
Pero Basser siguió caminando hacia adelante. Se volvió varias veces, pero la colina donde habían quedado Gilbert y Grund no se veía por ninguna parte, como tampoco a los dos extraños individuos que iban

siguiendo. Y como no quería reconocer que andaba desorientado, desistió de emplear el radioemisor para guiarse por las palabras de Gilbert, puesto que Adiorán Sauno también podía oírle.

Allá, sobre ellos, el enorme disco del sol, sólo visible parte de su fantástico hemisferio norte, les enviaba constantemente oblicuos, pero abrasadores rayos, que parecían atravesar sus ropas aislantes. Basser había ordenado utilizar parte del oxígeno sobrante, mezclado con el inservible anhídrido carbónico, para congelarlo y hacerlo correr por los conductos de refrigeración, al objeto de hacer más soportable aquella temperatura. Gilbert consiguió modificar la corriente de aire dentro de la escafandra de vacío, pero el calor seguía siendo para los exploradores del orden de 40 a 50 grados centígrados dentro del traje.

—¡Y sin embargo debieron tomar este camino! —exclamó Basser al fin.

—Lástima que nuestras voces queden reducidas a los trasmisores, de lo contrario me pondría a gritar.

—Esta atmósfera tan ardiente apenas propagaría el sonido —añadió Basser—. Según el análisis estamos sumergidos en hidrógeno simple...

—¡Mira! —El grito de Adiorán sobresaltó a su compañero.

Y siguiendo la dirección del brazo indicador, Basser pudo ver la figura de un hombre recortada contra el horizonte y proyectada sobre el incandescente hemisferio del Sol. Al parecer, era uno de los individuos que andaban siguiendo.

Durante unos momentos el hombre quedó rígido mirándoles, pero luego se agachó precipitadamente. Basser y Adiorán echaron a correr al mismo instante hacia allí, aunque a los pocos pasos se detuvieron al ver aparecer a una segunda figura, surgiendo de un agujero del suelo.

Desde el ángulo impersonal de cualquier sujeto que hubiese podido presenciar el encuentro de los cuatro personajes, el espectáculo habría sido, más que impresionante, fantástico o prodigioso. Fueron dos minutos largos, durante los cuales cuatro pares de ojos estuvieron fijos escudriñando las inmóviles figuras de uno y otro bando, minutos que podrían haberse eternizado, porque la sorpresa era recíproca.

Adiorán reaccionó primero y echó a andar hacia los extraños hombres.

—¡Espera, Sauno!— gritó Basser.

También los otros dos, como de común acuerdo, dieron varios pasos hacia los terrestres. Y como Adiorán no obedeció a su jefe, éste se vio obligado a ponerse a su altura, caminando adelante, atraídos ambos por el imán de la inesperada aparición.

—Háblales en el idioma que quieras, Basser —dijo Adiorán—, pero no te contestarán. Y si lo hacen, no los entenderemos... ¡Esta gente no es de la Tierra!

Basser no hizo caso. Estaban ahora a menos de tres metros de distancia. Entonces se detuvieron todos. Adiorán vio dos rostros cubiertos de espesa y negra barba, dos pares de ojos muy abiertos y relucientes, una nariz regular, algo roma y los labios azulados o rojo oscuro...
¡Pero curioso, parecían respirar aquella atmósfera de hidrógeno!
Las más antiguas teorías, no confirmadas, sostenían la creencia que la atmósfera de Mercurio se componía de anhídrido carbónico, argón y tal vez bióxido de azufre[1], pero la realidad había demostrado a los expedicionarios que el hidrógeno era el gas más difundido en la atmósfera de Mercurio.
Y los dos individuos que tenían delante no utilizaban ninguna especie de escafandra protectora. En todo, parecían seres normales, semejantes a cualquier habitante de la tierra, excepto en el aseo de sus barbas, y, naturalmente, en las extrañas ropas que vestían.
A Basser se le ocurrió levantar la mano con el clásico saludo amistoso, con la palma enguantada vuelta hacia adelante. Y acto seguido, los dos hombres hicieron lo mismo.
Luego cambiaron una mirada entre ellos y parecieron decirse algo, para, terminado el breve diálogo, volverse hacia los expedicionarios y ponerse a accionar labios y manos en gestos incomprensibles, con el mismo énfasis de quien se muestra excitado.
Los dos barbudos se acercaron todavía más y contemplaron a los terrestres con curioso detenimiento. Incluso uno de ellos tocó con su rugosa mano, muy semejante a la de un anciano, el cristal acerado del casco de Basser. Después dio una vuelta completa alrededor de él, examinó las botellas de aire comprimido, tocó el tejido aislante del traje de vacío y dijo algo a su compañero, quien estaba inclinado mirando lo que Adiorán dibujaba en el bloc.
—¿Qué estás haciendo? —preguntó a Adiorán.
—Intento hacer una demostración gráfica de quiénes somos... Pero el dibujo de un cohete no les dice nada, ni un número, ni una esfera, nada... ¡Son grafismos incomprensibles para ellos!
Adiorán, viendo lo infructuoso de su intento de comprensión, se dedicó también a examinarlos. No poseían ningún vestigio animal y sí mucha semejanza con el humano terrestre; tocó sus ropas y curioseó las cajas cuadradas que llevaban a la espalda, fabricadas con un material muy raro y negruzco. Pensó que tal vez llevasen allí dentro algún mecanismo raro... ¿O era una simple mochila con alimentos?
No, no eran terrestres, pero sí humanoides, seres de otro mundo, y cuyo desarrollo y formación biológica, por algún fenómeno sólo conocido de la naturaleza, era idéntico al humano. La ropa, que no parecía tejida, sino confeccionada con algún material plástico, poseía un color entre verde y violeta. Su piel, únicamente visible en el rostro y

las manos, era de un color algo más broncínea y pigmentada, pero muy rugosa, especialmente en el dorso de las manos. Y los labios, que en un principio parecieron a Adiorán azulados, eran rojo oscuro, casi violeta, pero del mismo dibujo y forma que los labios de un terrestre. Así como sus dientes, por cierto muy amarillentos, sus ojos negros y vivos, la frente ancha y despejada y las cejas pobladas y unidas sobre el puente de la nariz. ¡En todo, parecían terrestres, y, forzosamente, debían tener un origen común con éstos!

Otra cosa curiosa: parecían tan iguales, que al cambiar de posición para examinar a los dos terrícolas, Adiorán confundió uno con otro.

—Con éstos no nos entenderemos, Basser. No pueden oír nuestras palabras, así que propongo seguir empleando la mímica.

Sin embargo, el resultado de una serie de expresivos gestos, fue una sorprendente repetición por parte de los dos extraños sujetos que imitaron en todo los movimientos de los terrestres. Visto lo inútil del método, Adiorán dejó a Basser mimetizando y se encaminó al agujero de donde había visto surgir a los dos hombres. Era un pozo de poco más de medio metro de diámetro y no parecía tener fondo, aunque no pudo explicarse cómo habían salido o entrado los dos sujetos, puesto que no había escalones ni asidero alguno.

Estando mirando al fondo, donde parecía distinguir una débil claridad, uno de los barbudos se acercó y señaló el agujero repetidas veces, mirando a Adiorán. Después, para demostrar lo que pretendía decirles dio un salto y se dejó caer en el pozo, desapareciendo en él.

Basser y Adiorán cambiaron una mirada de sorpresa. El modo de arrojarse dentro del pozo les sorprendió. Algo debía existir en el fondo porque no mostraban el menor temor de romperse los huesos con la caída.

El segundo individuo, sin embargo, siguió indicando con la mano el agujero por el que había desaparecido su compañero y luego miró a los terrestres.

—Intenta decirnos que nos tiremos ahí dentro, como ha hecho el otro —dijo Adiorán, por decir algo.

Y Basser, que por cierto era bastante estúpido, comentó burlón:

—¿De veras lo dices?

Adiorán no respondió. No valía la pena. Además, casi acto seguido, apareció en la boca del pozo el individuo de antes. Se sujetó a los bordes con ambas manos; fue el suyo un movimiento tan rápido, casi vertiginoso, que los dos hombres de la Tierra apenas pudieron captar, pero Adiorán presintió que aquel sujeto había dado un salto desde el fondo para salir.

Mostraba una expresión de anhelo; quizá había esperado que Adiorán y Basser descendieran tras él, y como no lo hicieron, salía a insistir en su invitación.

—¿Y qué habrá ahí dentro? —preguntó Basser.
—Pronto lo sabremos. Con bajar está resuelto todo, y si nos matamos, no importa... Cuando salí de la Tierra hace seis años, no pensaba volver jamás. De modo que espera aquí, y lo que vea te lo comunicaré por radio...
—Bueno, está bien —convino Basser, influenciado por aquel íntimo defecto que llaman «instinto suicida» en los demás y «prudencia» en uno mismo, aunque la verdad es bien distinta.
Adiorán Sauno tendió la mano al sujeto que estaba asomado al agujero, quien hizo lo mismo, y las dos manos se estrecharon. Músculos y huesos sólidos sintió Adiorán entre su mano, pero tiró de ella hacia arriba. Se sorprendió, sin embargo, al ver la facilidad con que levantaba al individuo. Sabía que la gravedad en Mercurio es aproximadamente una cuarta parte que en la tierra, o sea, que un hombre de cien kilos de la Tierra, trasplantado a Mercurio, pesaría sólo veinticinco. ¡Pero lo sorprendente es que el hombre parecía no pesar nada!
Cuando el sujeto estuvo de pie junto a ellos otra vez volvió a indicar insistente al agujero.
—¿Tengo que tirarme ahí dentro? —preguntó Adiorán por decir algo.
Sus vacilaciones hicieron que uno de aquellos hombres, mirándoles primero fijamente a los ojos y moviendo los labios brevemente, se lanzase a su vez en el pozo. Adiorán ya no dudó más y se dispuso a tirarse también, pero el otro que esperaba junto a la boca del pozo, le cogió rápidamente del brazo, reteniéndole.
Instintivamente Adiorán comprendió este gesto.
Y cuando se sintió libre de nuevo, sin pensarlo dos veces se dejó caer de pies.
—¡Adiós, Basser! —dijo simplemente.
¡Nada! Cerró instintivamente los ojos y después de un acelerado descenso, sintió como si una densa capa de aire frenase su caída. Un segundo después sus pies tocaron un suelo sólido y abrió los ojos.
¡Allí dentro había luz! Se filtraba a través de todas partes, y por esta razón no parecía salir de ningún sitio, porque los muros de piedra cristalina eran translúcidos.
Adiorán se encontraba en un lugar que era algo así como una caverna mal oradada en la montaña pétrea que se extendía en ambas direcciones, pero no sobrecogía su lobreguez, por la mucha luz que había. Encima de su cabeza veía la chimenea del pozo, y muy lejos, un diminuto punto luminoso más claro que la luz interior. ¡Pero, Dios mío, parecía tener muchos metros de altura!
La voz de Basser llegó remota hasta él:
—¿Sauno, me oyes...? ¿Qué ha sucedido?
—Nada. ¿Qué esperabas acaso? ¡Ya podías haberte dado cuenta que

estos hombres no hablan ruso por alguna razón, y mucho menos inglés!
—¿Pero qué hay ahí abajo? ¡Este hombre sólo quiere que me tire!
—Hazlo, no hay reparo. Creo que un fenómeno incomprensible; forma algo así como un lecho de aire... ¡O tal vez sea una atmósfera interior muy densa! El caso es que retiene, presionando desde abajo hacia arriba. Da la impresión que has saltado menos que de una silla al suelo. Estoy en algo así como una cueva natural dentro de una montaña de cristal y la luz del sol se filtra, permitiendo ver perfectamente en torno a uno. Ahora que no sé dónde conduce esta caverna.
—Está bien, Sauno. Bajaré, pero antes déjame enviarles un mensaje a Gilbert y Grund, para que informen y no estén intranquilos.
¡Pero la noticia que ambos recibieron del estúpido Grund, fue que Gilbert acababa de morir!

CAPÍTULO II

El primero en morir fue Gilbert y la causa se debió a un simple incidente de los muchos a que está expuesto un viajero del Espacio. Aquellos hombres habían pensado durante muchas horas seguidas en la muerte. Tal vez, cuando tiempo atrás salieron de la Tierra, se dieron ya por desahuciados de la vida y, todo el tiempo transcurrido navegando por el vacío interplanetario o en la Colonia de Marte, fue únicamente un compás de espera.
Pero la descarnada Parca les había rozado varias veces, había puesto sus ojos en ellos, les sonrió gélida y hambrienta, y Gilbert acudió el primero a la macabra cita.
Grund presenció la muerte de Gilbert y quedó aterrado. Tenía la moral poco sólida; estaba allí, visionario de fantasmagorías mentales, concentrado en su propio miedo, huyendo, incluso, hasta de pensar en el terror que le había dominado siempre. Y al oír a Gilbert, al verle doblarse, contraerse y caer, no pudo comprender que en realidad ya salieron de la Tierra con el fatídico signo de su destino.
¿Cómo murió Gilbert?
Basser y Adiorán habían partido hacía escasamente media hora —según la medida de tiempo «Sol-Tierra», pues en Mercurio sólo hay noches y días eternos en los hemisferios opuestos—. Por el mismo declive arenoso donde vieron desaparecer a los dos extraños seres desaparecieron también ellos.
Y tras esto sugirió pomposamente Grund:
— Propongo entrar en la cabina, cerrar la escotilla, quitarse este molesto traje y comer algo.
—¡Propuesta en estudio!... Tres, dos, uno, ¡cero! ¡Propuesta aceptada! —respondió Gilbert jocoso.
Y ambos se dirigieron al navío averiado. Entró primero Gilbert y dejó el

rifle en su horquilla del armario armero, junto a otras armas más modernas. Luego entró Grund y accionó la palanca para cerrar la compuerta. El gruñido de los engranajes se dejó sentir, mientras la sólida escotilla de acero irídico, aquel metal de densidad compacta, cuya aleación formaba el más sólido acero anulando el vacío entre los átomos para resistir las mayores fricciones moleculares en vuelo dentro de atmósferas pesadas, empezaba a cerrarse.
Gilbert cometió un error. Entonando una cancioncilla se puso a desenroscar las llaves que sujetaban su casco escafandra al traje de vacío, pero cuando aflojó el primer tornillo se volvió hacia Grund vivamente y su rostro se contrajo. Abrió la boca, lanzó un alarido terrible, agónico y se desplomó acto seguido al suelo sin vida, víctima de envenenamiento instantáneo.
Grund palideció y quedó aplastado contra la compuerta con el semblante convertido en una máscara lívida. Al ver el modo de morir de su compañero sintió helársele la sangre, aunque no podía comprender la causa. La ciencia de Grund se reducía a la mera presencia a bordo. ¡Era número, solamente!
Una expedición de cuatro necesitaba un técnico en astronáutica, un jefe con un corazón grande como una catedral —¡En aquel caso un grave error, porque Basser tenía por corazón un garbanzo!— y número. ¡Qué más daba que fuera un «neo-filósofo» o un paria! La sociedad protegía a tipos como Grund.
El no quiso estudiar ni ser útil desde que nació; no quiso hacer nada más que su voluntad, pero se aprovechó del beneficio de los subsidios, de la protección oficial, del mimo, y pasó una adolescencia de regalo, pegado a sus padres hasta los dieciocho años.
Y hasta los veinticinco fue obsequiado y regalado por el gobierno como hombre «cobaya». ¡Buen fin, para quien tenía tan mal principio! Pero siete años de señor no le compensaban ahora haber presenciado la muerte de Gilbert, y mucho menos presentir que podría ocurriría a él otro tanto, en cualquier momento.
Gilbert no había sido un voluntario, como Grund, sino un técnico, y su esposa e hijos quedaban protegidos para siempre. Gilbert sería uno más en la lista gloriosa de los conquistadores del Espacio, su nombre estaría escrito en el gran monolito de mármol con forma de cohete espacial que se erguía delante de la Casa Blanca, en Washington, mientras que Grund, si moría en Mercurio o en cualquier otra expedición ordenada por Aghar desde Marte, no pasaría siquiera a la historia.
Grund era un paria, un «tarado» de la sociedad.
Por fin decidió dar un paso y se acercó al caído. No le cupo duda, estaba muerto, ¡pero bien muerto!
La atmósfera radioactiva de las emanaciones solares había penetrado

dentro de la cabina durante el tiempo que ellos estuvieron fuera. Y cuando Grund cerró la escotilla, no pensó Gilbert que debía renovarse primero la atmósfera artificial del navío y esperar unos minutos para poder quitarse la escafandra.
Todo su cuerpo convertido en una llaga con el mismo aspecto que un enorme cáncer epidérmico fue la muerte que encontró Gilbert, abrasado por dentro y por fuera, cuando la brutal descarga del hidrógeno radiactivado, saturado de partículas cósmicas, penetraron por el intersticio de su casco escafandra.
Pero todo esto Grund no lo sabía. Sólo se daba cuenta de que Gilbert estaba muerto y él mismo temblaba como una tierna rama de árbol agitada por un furioso huracán.
—¡Fue al pretender quitarse el casco!... ¡Yo no me lo quitaré, aunque me quede tieso aquí dentro...! ¿Qué puede haberle sucedido? ¿Y ahora qué hago yo? ¡No sé ni cómo llamar a Basser...! ¡Creo que se toca alguno de estos botones del radioemisor...! ¡No sé qué diablo de onda hertziana, corta o ultramagnética...! Los tocaré todos y gritaré; espero que me oiga Basser o el filósofo.
Pero no hubo necesidad. Sintió al instante el aviso de contacto. Fue un clic y un zumbido seguido, como de mil zánganos surgiendo de un panal de abejas.
—¡Cien locos sueltos! ¡Esto quiere decir que me llaman a mí...! ¿Y ahora, qué?
El zumbido persistía y Grund, de rodillas junto al cadáver de Gilbert, mirando sin verle, asustado y trémulo como no lo había estado jamás, ni cuando salió de la Tierra rumbo a Marte, dentro de un cohete en órbita abierta, no sabía qué hacer.
Volvió a la idea inicial: conmutó los tres contactos de su radiocontrol y la voz excitada de Basser llegó hasta él:
—¿Qué ocurre, Gilbert, por qué no contestas?
—¡Oo... oi... ga, Basser... Gilbert... muerto... aquí, de repente... yo no sé...!
—¿Qué dices, imbécil? ¿Ha muerto Gilbert?
—Sí, señor... Está aquí, rojo el rostro, como si le hubiesen arrancado la piel a tirones... Su cara parece... como si le hubieran golpeado un millón de látigos...

* * *

«¡Ya es algo!», se dijo Grund, hundido en el rincón, bajo el control de mandos de la nave, mirando de reojo, sin poder evitar la atracción, al cuerpo de Gilbert. «Si viene Basser, ya es algo.»
—¡Sí, te oigo! ¿Más fuerte que antes?... ¡Sí, ya lo creo que sí! Supongo que será porque estás más cerca... ¡Oh!
La palabra «silly» (en inglés, necio) la captó Grund en todo su sentido. Se dijo que tal vez Basser tuviera razón y que él, Gerard Grund, era

un necio y un imbécil.
«No es culpa mía; son las cosas que vienen así. ¡Qué más quisiera yo: estar en los prados de Hamburgo tendido al sol, aquel sol que es más pequeño que éste, que calienta menos, pero es más agradable... Jugar a los bolos, beber jarras de cerveza...! ¿A qué distancia estaremos ahora de Hamburgo? Cuando llegamos a Marte, hace dos años, dijeron 140 millones de kilómetros. ¡Bah, exageran! Esa distancia no la recorre ni un cohete, por muy cohete que sea...»
Grund siguió diciéndose tonterías semejantes durante un buen rato. Se decía que, hablando solo, tal vez lograra evadirse de la obsesión que la presencia del cadáver de Gilbert le producía. Y cuando volvió a escuchar a Basser, se dijo que el tono parecía algo más apagado, más distante.
—¿Qué tal me oye«, Grund?
—¡Pues no sé, Basser! Pareces algo más lejos.
—¡Maldita sea toda mi casta! ¡Si sé donde estoy que me descuarticen!
—¿Te has perdido?... ¿Dónde está Adiorán Sauno?
—Se fue con esos dos mercurianos... ¡Metido en un pozo! Según me dice, todo va bien por allá adentro.
Grund miró otra vez el cuerpo de Gilbert. La grotesca forma del muerto adquiría a sus ojos extraños movimientos, fruto de su imaginación superexcitada. Le parecía estar viendo a Gilbert incorporarse y mirarle con aquel rostro que era una llaga sanguinolenta, roída por una úlcera espantosa. Por esto se había situado Grund bajo el control, para no verle el rostro.
Entonces se dijo que podría abrir la compuerta y salir al exterior. El sol se habría escondido ya en parte, aunque no lo hacía del todo, según sabía por los tres días que llevaban en aquel paraje de Mercurio. Pero la luz continuaría gracias al reflejo y al lugar donde se encontraban, casi en el borde dicotómico, como decían los astrónomos, en el terminador. El bamboleo de Mercurio en su rápida órbita de ochenta y ocho días alrededor del sol, hacía oscilar al sol en movimiento aparente, puesto que era el planeta el que oscilaba. El caso era que periódicamente, que ellos habían dado en llamar días, el sol asomaba en el horizonte y se volvía a ocultar, pero siempre era luz diurna. Todo esto Grund no lo comprendía.
Pero se levantó, consiguiendo apartar la mirada del cadáver de Gilbert y se acercó a la compuerta. Sus manos febriles manejaron la palanca y los engranajes se movieron, abriendo el grueso portillo de acero. Las juntas de caucho que lo hacían hermético se distendieron y al cabo de un instante el paso quedó franqueado.
De un salto se plantó en el suelo. En efecto, el Sol sólo mostraba el halo incandescente de su fotosfera. Pero la luz seguía siendo tan radiante como horas antes. Surgía de la curva del horizonte, como el

gigantesco resplandor de una antorcha. Y el resto del cielo, allá detrás de él, parecía de un color gris negro en una tonalidad jamás vista.
Brillaban con fuerza las estrellas, y como suspendida en el vacío del inmenso espacio había una curiosa naranja amarillenta surcando el inmutable camino de la eclíptica; Grund tampoco sabía que la naranja era un planeta gigante visto a bastantes millones de distancia en una conjunción favorable con Mercurio. Pero esta aproximación no se volvería a repetir hasta pasados algunos años, porque se trataba de Júpiter... ¡La verdad era que Grund, como hombre «cobaya», no entendía nada de nada, y era el alemán más inútil que se desarrolló en la Tierra!
—¿Me oyes, Grund? —escuchó decir a Basser.
—¡Ya lo creo! —El muchacho miró hacia la hondonada donde viera desaparecer a sus compañeros marchando en persecución de los individuos extraños.
No vio a nadie. Todo seguía tan desierto como antes, tan yermo, estéril y desolado. Era un paisaje de colores absurdos, como engendrado por una imaginación surrealista, en la forma inconcebible de sus contornos y la extensión ilimitada de su suelo agrietado. La naturaleza habíase mostrado caprichosa en Mercurio, tanto, que su dorada superficie, sólo interceptada brevemente por otros matices de rojo y azul, parecía un gran mundo de oro, pero oro fundido, convulso, retorcido, brutal... Sugería un suelo sometido a violentos cataclismos interiores antes de solidificarse.
—¿Me oyes más fuerte o menos? -—siguió preguntando Basser con ansiedad.
—¡Sí!... ¿Pero qué te sucede? ¿Te has perdido acaso? ¿Por qué no vienes de una vez?
La blasfemia que lanzó Basser llegó hasta Grund de un modo indistinto, pero bastante audible. Grund se dijo interiormente que Basser se oía cada vez más remoto.

* * *

La dificultad del jefe de la expedición era que había perdido el camino y no podía encontrar el paso hacia la hendidura Se alejó corriendo de la proximidad del pozo donde desapareció Sauno, en el momento en que el otro sujeto saltaba dentro del agujero, para demostrarle que no debía tener miedo.
—¡Óyeme, Sauno, entretente con éstos... regreso a la nave! ¡Con Gilbert muerto hemos de conservar el aparato, como único modo de salir de aquí. Todavía tenemos reservas de alimentos y aire para casi un año! Pero si perdemos el navío estamos perdidos nosotros, y en manos de aquel estúpido... ¡La nave es ahora lo más importante! Si cesan las interferencias heliomagnéticas tal vez podamos tomar contacto con Marte.

Basser decía todo esto corriendo sin cesar por la superficie de la meseta pétrea, alejándose del pozo. Descendió la cornisa, según creía, por el mismo camino que ascendió poco antes con Adiorán y corrió hacia... ¡Allí fue cuando se perdió!
A los pocos instantes se dio cuenta que el terreno no le era conocido. El suelo era de polvillo blando y no de esquisto como antes. ¿Dónde estaba el declive arenoso? ¿Y la colina de lava estratificada con el cohete espacial? Por más que se volvió en todas direcciones no consiguió encontrar una orientación. Un camino ascendente, bastante llano, muy parecido a una tosca carretera, le hizo concebir alguna esperanza, pensando que remontándola podría encontrar algún paisaje familiar. No se dio cuenta siquiera que aquel paso tenía todas las características de ser obra de la mano del hombre.
Entre los farallones del camino intentó llamar a Sauno, sin éxito, y la llamada a Grund no le solucionó nada. Grund parecía ahora más estúpido que de costumbre, que ya era decir. Basser sudaba, la inquietud le corroía el alma y se sentía abrumado en aquel mundo perdido.
Todavía caminó otro buen trecho, descendiendo hacia un extenso valle. Se extrañó al ver un terreno que parecía escalonado como por grandes excavadoras, muy semejantes a las minas a cielo abierto de mineral en la Tierra. Andó y andó durante mucho rato para alcanzar alguno de desiguales escalones. Basser no se había apercibido que estaba pisando un terreno de cuarzo aurífero... ¡Oro, en tanta abundancia que con la mano podía coger millones de dólares de oro puro y virgen! ¡Y menos se daba cuenta que alguien ya había explotado aquel yacimiento, ahora abandonado!
¿Pero por quién? Esta pregunta sólo la podría contestar Adiorán Sauno algún día, pero antes debía pasar por un purgatorio...
Basser, por su parte, bien pronto iba a pagar con la vida un descubrimiento que no llegó a realizar. Agotado se sentó sobre una roca. Su mente estaba confusa, revuelta y llena de extraños pensamientos.
Era como un alucinado que ha perdido el sentido de la orientación. El sol ya no se veía y el cielo, encima de su cabeza, era gris y dorado, pero por más que miraba Basser en todas direcciones no podía precisar de dónde procedía el halo luminoso que llegaba del astro rey.
—¡Grund, respóndeme, por tu vida! —gritó una vez más.
Y más apagado, como viniendo de otro mundo, llegó la voz de Grund diciendo:
—¿Dónde estás, Basser? ¡Ven pronto, el suelo empieza a temblar!
Un instante después también sintió el jefe de la expedición terrícola el temblor sacudiendo sus pies. Los pesados zapatos forrados de plomo para facilitar el paso en aquel mundo de fuerza de atracción pequeña

trepidaron y un calambre muy débil al principio y más fuerte después, subió hasta sus rodillas. La piedra sobre la que estaba sentado también se movió.
«¡Rayos y centellas, será posible un terremoto aquí!», se dijo poniéndose de pie.
Luego el temblor se hizo más grande, como un sacudimiento. Basser ignoraba el ruido que aquel fenómeno producía, porque el aislamiento de su traje era completo, pero al ver rodar donde las cimas grandes peñascos dorados y ver desmoronarse un «dolmen» natural, presintió que se avecinaba un cataclismo. Su terror se acentuó y corrió con toda su alma hacia arriba, intentando alcanzar el primer escalón.
¡Y de pronto el suelo se abrió con fragoroso estallido! Basser no lo oyó, pero vio la negra sima a menos de cinco yardas delante de él. Como loco retrocedió al ver enormes piedras rodando que eran engullidas por el abismo recién abierto.
Era tal el temblor del suelo que Basser perdió el equilibrio y cayó rodando como una pelota. La caída le salvó momentáneamente, aunque al intentar arrastrarse, un enorme peñasco que bajaba rebotando desde la cima de la montaña, y que saltó sobre el precipicio abierto, fue a golpear contra su casco escafandra.
Basser sintió el golpe, sintió el rugido tremendo de la naturaleza convulsa y ¡no sintió nada más! ¡Porque el instante de la muerte convierte en sordos a los vivientes!
Sin saber de qué moría, paralizado en un solo segundo, su cuerpo se contrajo en un doloroso y horrible espasmo, quedando rígido sobre el suelo convulso. El terremoto, no obstante, siguió atronando aquel mundo falto de aire y unos minutos después, más de mil toneladas de mineral de cuarzo se deslizaba por la ladera escalonada y arrastraba consigo el cadáver de Basser, hundiéndolo en las profundidades de la zanja abierta por el terremoto en el suelo. La tierra y los peñascos cerraron después aquella tumba, ocultando a Basser, el jefe de la expedición espacial... ¡Allí había encontrado el sepulcro de oro, como ningún mortal soñó poseer jamás!
No había ruidos, porque ningún agente físico extraño podía transmitirlos, ni el viento, ni el aire, ni la atmósfera.
El otro superviviente, Gerard Grund, corría mientras tanto por la torrentera abajo, como alma perseguida por el demonio. El también presenció algunos de los estragos del terremoto. Vio abrirse el suelo, temblar, sacudiendo la montaña entera, y corrió, corrió como no lo había hecho nunca, alocadamente, ciego, aturdido. Los estallidos de las enormes rocas que caían reventando contra el suelo no los podía oír, pero los centelleantes impactos meteóricos que pasaban rozando cerca de él, paralizaban su corazón de terror.
¡El caos y el aquelarre más furioso parecían combatir como titanes!

Dos gigantes invisibles luchando sobre un mundo muerto que despertaba de un largo sueño. Un horrible monstruo aletargado que se desperezaba furioso y el marasmo se convertía en ira.
Delante de Grund también se abrió el suelo, una zanja de más de diez yardas de anchura, una pavorosa cima que, al convulsionar la corteza del suelo, hizo rodar a Grund entre los peñascos desprendidos.
Pero el miedo, la impresión y el golpe que recibió en su espalda, al chocar contra el suelo, no le mataron en aquella ocasión y sólo le privaron del conocimiento, sin llegar a romperse el casco o a rasgarse su traje de vacío. El aire comprimido en las botellas, mezcla de helio, hidrógeno, nitrógeno y oxígeno, siguió funcionando, y lo seguiría haciendo durante algunos meses más. Pero si cuando cesaran de suministrar aire a sus pulmones no había nada para renovarlo.... ¡El desvanecido Grund no podía ni soñar lo que esto significaba!

CAPÍTULO III

Mientras tanto en las profundidades del mundo submercuriano.
Adiorán vio a los dos hombres enfrascarse en una agitada conversación. Uno de ellos agitaba mucho los brazos al hablar y su compañero le escuchaba en silencio. De cuando en cuando miraban ambos a Adiorán, que estaba recostado contra el muro, mirándoles.
Luego el último en descender se colocó delante de la chimenea del pozo y, flexionando las piernas, dio un limpio salto, desapareciendo hacia el pozo como una flecha.
Adiorán Sauno estaba dispuesto a no maravillarse de nada. Había visto hacer ya varias veces este salto fantástico y el motivo comprendía bien, era que intentaban averiguar dónde habíase ido Basser.
«Bueno, a ver cuándo deciden dejar a ese pedante. Quiero saber a dónde conduce este pozo.»
Entonces ocurrió algo notable. El otro individuo se acercó a Adiorán y le dijo algo tendiendo la mano. Como el brasileño no le comprendía en absoluto y menos le podía oír, vio con asombro cómo cogía el bloc de su bolsillo posterior. Adiorán le dejó hacer y lo sintió registrar hasta dar con el lápiz.
Arrancó el hombre la inútil página con el garabato del cohete y las otras tonterías más que habían hecho anteriormente, y se puso a trazar algo que Adiorán examinó por encima de su hombro con creciente curiosidad.
El confuso desorden de las rayas que trazó sobre el papel no decían nada al brasileño; menos, los extraños dibujos que trazó en otras páginas, hasta casi llenar el bloc. Todo era nuevo y sin significado para él. Pero de aquel confuso desorden de guarismos algo iluminó la mente de Adiorán al verle dibujar de un modo bastante perfecto la figura de un hombre.

—¡Eh, alto ahí! ¿Qué significa esto?
No pudo seguir preguntando. De la chimenea del techo cayó de pronto el otro sujeto y dijo algo precipitadamente a su compañero. Ambos parecían consternados, y al reaccionar y mirar a Adiorán, sus rostros expresaron un gesto indefinido, que Adiorán interpretó como de preocupación, aunque en nada parecía al gesto humano del ceño fruncido y la boca crispada.
Luego entre ambos lo cogieron del brazo y lo arrastraron hacia el fondo de la caverna. Por la precipitación con que le conducían, que en modo alguno parecía una violencia, dedujo Adiorán que algo debía ocurrir. Y la respuesta la obtuvo a poco de caminar, cuando sintió temblar el suelo como sacudido por un terremoto.
Uno de los individuos se volvió a Adiorán y le indicó algo. Y como le soltaron de la mano y echaron a correr furiosamente, el terrícola hizo lo mismo, debido principalmente a que los sacudimientos del suelo se hacían más violentos. Incluso vio abrirse una fisura en el muro y vio deslizarse un polvillo cristalino.
No supo el tiempo que estuvieron corriendo así, tal vez más de un cuarto de hora, sin que la caverna cambiase de aspecto, unas veces más regular, otras ancha y cubierta de estalagmitas, surgiendo de los lados hacia arriba, y estalactitas, colgando como velones del techo. En otros tramos, la caverna daba la impresión de estar horadada por la mano del hombre, pues había muescas parecidas a las que dejaría una ancha hoja de hacha golpeando el muro de sílice petrificado.
Mas de pronto un sacudimiento más terrible conmovió todo el ámbito de la caverna. Los dos hombres que corrían delante de Adiorán se detuvieron en seco y retrocedieron algunos pasos. Al mismo instante se hizo una brecha en las cuatro partes del muro, arriba, abajo y a los lados, y cayó un montón de cascotes que amenazaron anegar el paso.
«Esto no estaba previsto en el programa de estos hombres. Apuesto que ahora quedaremos los tres sepultados aquí dentro, encerrados como ratas. ¿Qué estará haciendo Basser? Ya hace tiempo que no oigo su preciosa voz.»
Este sarcasmo se lo hizo Adiorán mientras sentía temblar el suelo y veía a los dos hombres sin saber qué hacer. Ahora aprendió cómo representaban los rostros de aquellos dos hombres la expresión de incertidumbre y temor, que se parecía muchísimo a la cara que pone en la Tierra una persona cuando se siente tremendamente furiosa. Adiorán sabía que los dos individuos no estaban furiosos, sino asustados e indecisos.
Y el terrestre tuvo una súbita y fugaz idea. Comprendió que quedarse allí era tanto como quedar sepultados en vida, pero intentar pasar por la zanja abierta en la caverna, era más suicida aún. Pero....
La zanja abierta tendría más de diez yardas, pero tomando carrera

Adiorán la saltó. Y habría saltado mucho más allá, de no ser que un peñasco, afortunadamente no muy grande, le golpeó el hombro.
—¡Venga, muchachos; haced lo mismo! ¿Habéis visto qué fácil? —les gritó irónico Adiorán.
¡Otra expresión: la de admiración! Aquél era un gesto mixto, de arqueo de boca y movimiento de manos. No obstante, los dos sujetos, tomaron carrerilla y saltando uno detrás de otro. El segundo también recibió un golpe de la lluvia incesante de piedras, precisamente encima de la caja que llevaban a la espalda, pero pasaron.
Y luego salieron al descubierto, tras una breve carrera.
Adiorán había ido notando durante la carrera por el túnel que la luz había ido decreciendo, pero ahora, al salir bajo la bóveda celeste, y ver relucir las estrellas con fuerza, se dio cuenta que el sol estaba más oculto, o sea que se encontraban al otro lado del terminador, o punto que para un observador exterior a Mercurio, separa la cara iluminada por el sol de la oscura, donde la noche era siempre eterna.
Y allí vio algo más, puesto que la oscuridad no era absoluta, sino equivalente a un crepúsculo en la Tierra... ¡Vio más hombres de aspecto análogo a sus acompañantes!
Había un grupo reunido sobre una plataforma de piedra, discutiendo y mirando hacia ellos. Mas de pronto los vio Adiorán quedar mudos, expresando todos aquel asombro mezcla de crispación de boca y extensión de manos. Y más observó Adiorán: había muchos que no poseían barba y otros que su rostro era casi blanco, terso y liso, y aunque todos vestían igual, el brasileño se dijo que eran las hembras... ¡Las mujeres de aquella raza aborigen de Mercurio!
Adiorán parpadeó varias veces y mantuvo un segundo los ojos cerrados. Estaba seguro que al abrirlos de nuevo se daría cuenta que todo era un sueño, que todavía estaba en Río de Janeiro, mirando la bahía desde la galería blanca de su hotel y que los seis años pasados en el espacio eran fruto de una fantasía increíble.
Cuando los abrió, más de treinta personas, todas vestidas igual, le rodeaban moviéndose en torno suyo, tocándole el casco y las ropas. Incluso uno, que podría ser un chiquillo o una mujer, de ojos muy grandes, intentó dar vueltas a los tornillos de su escafandra, pero Adiorán le retiró la mano, mano que por cierto era tan lisa y tersa y de una línea tan bonita, que habrían envidiado para sí algunas de las más bellas mujeres de la tierra.
Luego todo sucedió muy rápidamente. Rodeado por todos aquellos seres se vio conducido por algo parecido a un camino en declive y más número de gentes se unía a ellos, hablando, hablando todos a la vez. Adiorán se regocijaba de no sentir ruido alguno, puesto que de lo contrario, el bullicio le habría aturdido. Iba sonriente mirando a unos y otros y captando en todos aquella mirada de admiración tan extraña.

En cuanto a los temblores de tierra, habían cesado ya.

* * *

Gerard Brund abrió los ojos. Miró al cielo y luego en torno suyo. El paisaje había cambiado algo. La hendidura en que se hallaba poseía un nuevo aspecto con aquella larga brecha abierta en el suelo, desigual y macabra. La colina también había cambiado de aspecto, pero desde donde estaba no podía ver la astronave sobre la colina. Recordó haber echado a correr torrentera abajo, recordó el temblor de tierra y recordó a Basser...

—¡Basser! —gritó a la vez que se incorporaba.

Sintió dolor en la espalda, como si las cuatro botellas de aire se le hubiesen clavado entre las costillas. Apenas si pudo ponerse de pie. Como aturdido caminó algunos pasos.

—¿Basser, me oyes? Soy Grund... ¿Dónde estás, Basser? ¿Por qué no me contestas?

Nada, silencio. ¡Los muertos y sepultados no hablan!

No supo jamás Grund cómo pudo llegar otra vez a la colina, pero lo hizo. Descubrió la astronave volcada sobre un costado, precisamente de modo que su única escotilla había quedado enterrada en el suelo, impidiéndole la entrada. De un modo instintivo se asomó al cristal acerado que formaba el parabrisas de la carlinga de dirección de vuelo y miró al interior. Todo estaba volcado, incluso el cadáver de Gilbert había caído grotescamente sobre la escotilla abierta.

Si quería penetrar dentro, Grund debía quitar la tierra debajo de la nave, y para ello sólo contaba con sus manos enfundadas en los guantes de caucho.

—¡No, no escarbaré con las manos! —se dijo gritando—. Si se rompe el traje moriré como Gilbert... ¡Oh, Dios mío, que situación más atroz! ¿Qué harían Basser o Sauno en mi lugar?

No tardó mucho, embargado de la mayor desesperación, en decirse que Basser y Adiorán habrían muerto, sepultados quizá por aquel violentísimo terremoto.

Y los dos extraños seres que Basser y Adiorán salieron a perseguir, habrían perecido de igual modo. Llegado a esta conclusión se dijo que estaba solo en un mundo muerto, desconocido y sin vida... ¡Y lo único que podía conseguir era perder la suya también!

Después rompió a llorar. En realidad Grund no era más que un chiquillo mal criado de veintisiete años y el llanto en quien no había llorado jamás le hizo mucho bien.

Al cabo de una hora ya había tomado una decisión: luchar por subsistir a todo trance. Tal vez desde Marte enviasen otra astronave y pudieran rescatarle. Su primer acto fue proveerse de una piedra y empezar a escarbar la tierra junto a la astronave. Arañaba el suelo con furia y tenacidad y frecuentemente mirábase las manos, por si la

goma se había deteriorado. No viendo ningún peligro siguió trabajando, echando la tierra atrás y abriéndose camino lentamente.
Agotado por el trabajo exhaustivo, al cabo de cinco o seis horas, se tendió en el suelo y se quedó dormido. Pero al despertar, estando ya el sol otra vez asomando su semicírculo en el horizonte dorado, el apetito voraz que sintió en su estómago, le hizo redoblar con ahínco su labor.
Algunas horas después pudo ver un resquicio de la escotilla y poco más tarde conseguía un boquete suficiente como para entrar. ¡Y lo hizo, debiendo de rozar el cuerpo rígido de Gilbert que dificultaba el paso! Sintió mareos con aquel contacto, aunque logró dominarse. Dijo de desprenderse cuanto antes de Gilbert, esconderlo, sepultarlo o hacerlo desaparecer, puesto que su presencia le atemorizaba. Sin embargo, no veía la forma de hacerlo pasar por el agujero que había practicado en el suelo. Debía hacerlo más grande, pero su hambre era tal que primero quería comer.
Realizar esta labor no era fácil, incluso dentro de la nave, donde había vivido tanto tiempo en compañía de otros tres hombres, pero había visto hacer todos los movimientos día a día y se los sabía de memoria. Primero, cerrando los ojos apartó a Gilbert de la compuerta arrastrándolo a un rincón, junto a los depósitos del combustible atómico, después accionó la palanca y la escotilla se cerró.
Aguardó unos momentos y fue hasta la baja compuerta del reducido almacén. Allí dentro, los departamentos indicaban lo que contenía cada recipiente. Necesitaba un conejo de indias vivo, para comprobar si la atmósfera era adecuada y para esto se llevaban aquellos animalitos con alimentos suficientes para que pudieran subsistir durante largo tiempo
Cuando abrió el primer cajón de los animalitos vio a una ratita blanca que se volvía asustada hacia él y le miraba con sus diminutos ojos, luego se enroscó y quedó muerta en el piso enrejado de su cajón.
¡Seguía la radioactividad dentro de la nave! Aquello era una contrariedad, aunque Grund debía tener paciencia y esperar que se renovara la atmósfera artificial... ¿No podría haber algún escape, a causa del choque que efectuaron al aterrizar? Nervioso se dirigió hacia proa y examinó todo el compartimiento interior. Nada, la abolladura del acero había sido sólo externa, y no alcanzó la doble coraza. ¿Dónde estaba la causa?
Examinó las bombas de la renovación de aire dentro de la nave. Había visto muchas veces a Gilbert comprobar manómetros, registrar datos y vigilar continuamente las válvulas; incluso le había oído decir que en aquel control estaba la vida de los cuatro, pero que gracias al ingenio de los científicos rusos y norteamericanos, su funcionamiento estaba asegurado.

Por más que Grund miraba menos veía. Recurrió a una segunda rata de indias y cuando abrió el cajón esperó ansioso ver caer al animalito. Afortunadamente no lo hizo, sino que siguió dando saltitos dentro de su encierro. Luego le vio Grund morder la fibra alimenticia que surgía del tubito.

Aquel dispositivo de alimento era un ingenio raro y sencillo: el animal sólo podía comer la cantidad de alimento que un engranaje de relojería permitía ir saliendo por el tubo. El alimento estaba condensado en una fibra en forma de mecha y enrollada en grandes tambores que el animal no veía; el trozo que el mecanismo permitía salir, era precisamente el alimento necesario para vivir, incluyendo calorías, vitaminas y grasas. Así los tripulantes del navío espacial no tenían necesidad de estar vigilando constantemente a los animales. De todas formas, si alguno dejaba de comer su ración habitual una luz avisaba en el tablero del piloto y los navegantes podían investigar la causa.

Pues bien, como el animalito no murió, rápidamente pasó Grund a desprenderse del casco escafandra, no sin cierto temor, claro está. Pero cuando lo hizo, con todas las precauciones que pudo encontrar, y vio que seguía viviendo, saltó y gritó de alegría. Luego corrió a extraer los alimentos de la alacena acondicionada. Potes de todas clases y marcas, envasados en los Estados Unidos, píldoras de «hierro», el alimento de emergencia, leche, mantequilla, galletas y mil cosas más para los navegantes del espacio... ¡Y en abundancia, pues representaba más de dos toneladas de carga dentro del navío!

Ahora bien, Grund se había vuelto excesivamente precavido en muy pocas horas. El hombre o muchacho que siempre necesitó de la ayuda de los demás para vivir, se bastaba y sobraba ahora para desenvolverse solo. ¡Y es que hasta los imbéciles tienen instinto de conservación!

Antes de comer nada detectó todo alimento con el contador «geiger» y el resultado negativo le animó a comer. Cosa que hizo como un germano, precisamente lo que era. Varias latas de conserva sucumbieron a su glotonería, así como varios frascos de licores envasados en latas, con marcas pomposas de «ginger ale» (cerveza inglesa).

—¡Esto es una porquería! —se dijo después de beberse dos o tres—. Si alguna vez bajo a la Tierra, ya me oirán los proveedores de la Comisión de Investigaciones del Espacio... ¡Todos son muy técnicos, muy sabios, pero esos comerciantes desaprensivos les embaucan con porquerías, que nosotros, los que nos jugamos la vida en estos mundos, no debíamos probar!

Abrió dos cápsulas más, por error una de leche esterilizada, y por no tirarla se la bebió también. Después, fumándose varios cigarrillos

seguidos y mirando cómo el humo seguía la dirección de la rejilla del ventilador, se quedó dormido.

* * *

Adiorán sufría mientras tanto otra pesadilla. Le habían hecho entrar en una caverna. Antes de entrar vio una gran fila de aberturas en el largo muro. Aberturas de las que salía un raudal de luz imposible de precisar su origen, puesto que era una luz blanca como el papel.

Aquellas entradas eran viviendas y éstas se alineaban, todas iguales, a lo largo del muro que parecía no tener fin. Casi empujado por un grupo nutrido de hombres penetró en una de ellas y se encontró en una estancia cuadrada y amplia sin mobiliario alguno. Sólo varias puertas se abrían en distintas direcciones.

El grupo de hombres —si entre ellos había mujeres Adiorán lo ignoraba— le empujó hacia otra cavidad lateral. Allí encontró a un hombre mucho más arrugado que los dos que encontró primero, quien yacía sentado sobre un montón de algo que pareció a Adiorán como almohadones hechos del mismo tejido que la ropa que vestían.

El viejo se incorporó, sorprendido también, e hizo un gesto raro a los otros, quienes se volvieron y salieron, quedando sólo los dos que lo habían encontrado junto con Basser. Ahora los tres personajes se dedicaron a una rápida charla, objeto de la cual era, sin duda, Adiorán, puesto que la universal mirada de escrutinio no escapaba frecuentemente a la observación recíproca que también les dirigía el brasileño.

El hombre aquel debía ser un jefe o anciano muy venerado. Y además también algo más sabio que los demás, puesto que en vez de llamar a Adiorán con un gesto que éste no podía comprender, se levantó con gran esfuerzo y se acercó a él, examinándole de cerca con curiosidad. ¡Al menos así pareció al terrestre!

Este al mismo tiempo se preguntaba de dónde procedería aquella luz que inundaba el lugar, y terminó diciéndose que sin duda se filtraba de algún sitio y, por desconocido fenómeno, a través de los blancos muros. ¡Adiorán ignoraba que los muros poseían su color debido al material de que estaban compuestos e irradiaban claridad!

Mejor dicho, no irradiaban la claridad, sino que disipaban o absorbían la oscuridad, que viene a ser casi igual. Tampoco había muebles ni utensilio alguno allí, y como hacía un rato que Adiorán, aparte de su nueva filosofía, estaba sintiendo cierto exigente rigor en su estómago, se preguntó en aquel momento de qué substancia se alimentaría aquella gente. Y si lo hacían, teniendo un organismo semejante al humano, era lógico suponer que también él podría comer algo.... ¿Pero cómo hacerlo sin quitarse la escafandra? ¡Este era un problema que preocupaba mucho a Adiorán! Practicar un orificio en el traje, puesto que la escafandra era de un material transparente muy duro,

era bastante suicida, y no lo ignoraba. Y no comer era más suicida todavía.
El examen del anciano terminó. Y aquí empezó a demostrar su sabiduría. Un gesto harto torpe fue abrir la boca, meterse un dedo dentro y hacer ver que mordía.
«¡Comer! ¡Santa palabra!», se dijo con toda su alma Adiorán. Aquel hombre le insinuaba la comida, así, pues, ellos también comían, por algo teman todos boca y dientes. ¿No se comerían unos a otros?
Adiorán agitó la cabeza con mucha vehemencia. El anciano se volvió a uno de los dos exploradores encontrados junto al pozo y le indicó algo. El hombre se descolgó la caja de la espalda y la abrió, pero no del mismo modo que se abre una caja en la Tierra, levantando su tapa, sino ¡pasando su mano a través del material de que estaba compuesto, como si éste no existiera! ¡Y extrajo algo que pareció a Adiorán como un trozo de carbón vegetal!
—¡Diantres! Estos hacen prestidigitación... ¿No querrán que me coma ese repugnante objeto? ¿Y en el caso que sea un suculento manjar, díganme cómo como?
No rió porque la situación no era para reír, pero se dedicó a pensar intensamente buscando una solución. Después volvió al papel, extrayendo de nuevo el bloc con las pocas hojas que el mercuriano había dejado en blanco. Dibujó con cuidado un rostro visto de perfil, luego indicóse a sí mismo y sacudió la cabeza afirmando. Después, cuando el anciano examinaba el dibujo con curiosidad, pintó encima de la cabeza una escafandra semejante a la que llevaba. Indicó luego el negro carbón que había extraído aquel hombre de su caja y lo dibujó delante de la escafandra. Los hombres no comprendieron.
Luego, aburrido, cogió el objeto al hombre de la mano y lo aplastó contra el cristal moviendo al mismo tiempo la boca. Con esto quería demostrar que no podía comer.
El anciano llegó entonces a una solución: empezó a quitar los tornillos que sujetaban la escafandra al traje. Adiorán palideció y se echo instintivamente atrás. Imitó acto seguido una mímica extraña, en la cual, abrió varias veces la boca y se dejó caer al suelo, quedando como muerto. Luego se levantaba y volvía a repetir la misma operación. Con esto pretendía demostrar que quitarle la escafandra era su muerte.
Pero al anciano no debió gustarle mucho la mímica, porque insistió en quitarle la escafandra. Y como Adiorán no lo permitió, retirándose, dio una orden a los dos hombres. Estos al momento le sujetaron con férrea fuerza y el viejo procedió a desprender la escafandra, tanteando primero las clavijas que roscaban el caucho y el acero. Adiorán forcejeó, pero alguien debió gritar y acudieron más hombres, que se aferraron al cuerpo de Adiorán dominándole. Y el número y la fuerza

nada común de aquellos hombres dieron con él en el suelo.

En el mismo instante en que el anciano, impasible en su obstinación, destornillaba una clavija, Adiorán sintió un escozor en los pulmones y cayó flácido, desvaneciéndose. En un segundo todo había desaparecido de su vista y el mundo se le borró entre negras sombras...

CAPÍTULO IV

Grund había oído hablar del desierto de Sáhara, incluso había visto algunas fotografías antiguas, cuando aquel vasto territorio de África era todavía una extensión ilimitada de dunas arenosas. A la sazón el desierto aquel estaba convertido en un vasto mar que comunicaba con el Atlántico por el Canal de Casablanca y el fabuloso paso libanés.

Pues bien, el camino que ahora estaba recorriendo sobre Mercurio, lejos de la astronave, le recordaba aquel antiguo desierto africano. Era idéntico: las dunas, el sol abrasándolo todo con su medio círculo ocupando todo el horizonte, como una enorme yema de huevo partida por la media luna del horizonte, la rizada arena, como si un viento misterioso hubiera esparcido el suelo a suaves ondas, todo, pero todo, le recordaba las viejas fotos de quinientos años atrás.

Él era un punto movible en aquel desierto. Un pigmeo vestido de oscuro, brillándole la cabeza por los reflejos del casco de acero transparente, con una joroba en la espalda que era la mochila de fibra donde llevaba los alimentos. Grund había decidido dejar la nave y correr en busca de gente. Sabía que aquel mundo no estaba deshabitado y sus moradores debían hallarse en alguna parte. Después de tres días —días de veinticuatro horas, según su reloj— había decidido partir. Con el radioscopio de a bordo no podía contar, puesto que intentando inútilmente llamar a Marte, lo había estropeado todo. Surgió algo así como un chispazo, cuando curioseó entre los cables, y dejó de funcionar.

Había querido oír música o alguna voz procedente del espacio. Su soledad era tanta que la cabeza le zumbaba desesperado. Y al fin, cansado de esperar y otear el horizonte en todas direcciones ansiando ver algo moverse, decidió partir en su búsqueda. Primero enterró a Gilbert, después se aprovisionó y por fin eligió un camino al azar.

Este le condujo al vasto desierto sin fin. Durante el primer día de marcha todo fue bien. Descansaba, comía dentro de la bolsa de plástico, que como una irregular tienda de campaña cerraba herméticamente en torno a su cuerpo, pudiendo así quitarse la escafandra, y dormía.

Estas operaciones las hacía cuando ya no tenía más remedio, porque el procedimiento empleado exigía un gasto considerable de las reservas de aire de sus botellas. No obstante el peso que representaba, Grund también había cogido las botellas de Gilbert, que

llevaba consigo para caso de emergencia, y confiaba poder sostenerse casi un año con todo aquel material.
Pero de locos se han escrito muchas historias, y Grund se decía que estaba labrando su propia historia viviente. Quizá fuese el único superviviente de la expedición, pero mientras hay vida hay esperanza y tal vez pudiera volver a Marte alguna vez. ¡En un año pueden ocurrir muchas cosas!
Recordaba haber oído decir que una expedición emprendida recientemente al cinturón de asteroides había sucumbido en Vesta, y uno de los expedicionarios logró salvarse permaneciendo allí casi tres meses en precarias condiciones. ¡Incluso se decía, en broma, que si está aquel tipo algún tiempo más, habría aprendido a no respirar siquiera!
Grund no veía la broma por ninguna parte, puesto que él se encontraba casi en peores condiciones.
—Me gustaría poder originar una gran explosión... Algo que pudiera ser visto desde todo el universo. De este modo, si hay alguien aquí, acudiría a ver qué ha ocurrido, y mal habría de ser que desde Marte, la Tierra o Venus, no vea algún astronomo la polvareda y no envíen una astronave a ver qué sucede... Por otra parte, el Comandante Aghar sabe que debe enviar otra expedición después que la nuestra, así está reglamentado, pero si les ha sucedido algo en el camino, arreglados estamos... ¡Cuántas expediciones no llegan a su objetivo!
Gerard Grund, aunque se hiciera reflexiones profundas, no dejaba de ser lo que era: ¡Un perfecto idiota! Prueba de esto era que en aquel momento, en vez de estar esperando tranquilamente en su nave, se encontraba caminando por un desierto que no conducía a ninguna parte. Y si a los tres días de caminar sin fin, se cansó y dio media vuelta, regresando por donde había venido, confirmó una vez más que lo era. Idiota, y no merecía otro calificativo.
Al séptimo día se encontró de nuevo junto a la astronave y contempló con expresión de fatiga la depresión del terreno donde había enterrado a Gilbert. Allí, fatigado como un mulero después de intentar hacer andar a una mula obstinada, se dejó caer al suelo y suspiró.
Sobre la tumba de Gilbert había puesto una cruz. Más bien, un rifle antiguo cruzado con un tubo de bronce, todo unido con cable de aluminio, que clavado en el suelo semejaba una tosca cruz, símbolo del cristianismo. Así tributó el postrer respeto a su camarada.
Pero cuando examinó los alrededores intentando adivinar si había venido alguien durante su ausencia, todo lo encontró igual que lo dejó una semana antes. En aquel momento, volviendo a recoger la mochila para penetrar dentro del navío, miró la tumba de Gilbert y musitó:
—¡Cuánto mejor habría sido morir yo en tu lugar, Gilbert!
¡Cuánta tristeza y verdad había en sus palabras!

* * *

Puesto que Adiorán Sauno seguía vivo, abrió los ojos.

Primero no recordó dónde estaba. A su mente acudió la hermosa ciudad de Río de Janeiro, la bahía y luego, como un relámpago, atravesó su cerebro todo el espacio, de la Tierra a Marte, la base del Gran Syrtis, el Comandante Aghar, y la expedición a Mercurio, para aprovechar una aproximación de los dos planetas. Adiorán se ofreció voluntario. Luego presentó la dimisión cuando le dijeron que debía estar a las órdenes de Basser, pero Aghar se encolerizó y le obligó a cumplir el compromiso.

Esto creó entre Basser y Adiorán una situación de tirantez, que se dilucidó durante el viaje con dos o tres altercados y más de cincuenta libros que se leyó Adiorán, cerrado en su hermetismo. Luego Mercurio, el suelo agrietado y yermo y, por fin, la caída que nadie pudo evitar, ni el experto Gilbert...

Todo lo demás ya lo sabe el lector.

¡Y Adiorán también lo sabía, pero no lo creía! ¡Porque lo más sorprendente era que le habían quitado la escafandra y seguía viviendo!

Se pellizcó, se dio varios cachetes en las mejillas, se tapó los orificios de las narices, contuvo el aliento todo cuanto pudo, y por fin se dijo que respiraba... ¡Sin escafandra!

—Bueno, Adiorán, ten calma, recapacita —se dijo—. Primero, estás dentro de una habitación cuadrada y blanca; no hay objeto alguno a tu alrededor, salvo estos almohadones sobre los que descansas, incluso no hay ni puerta por la que poder entrar o salir ni timbre para llamar a la camarera... ¡Ten calma, hombre! Pero estás seguro que vives, aunque tu escafandra y tus botellas de aire han desaparecido. Ahora bien, primera pregunta: ¿Qué ha sucedido?

La respuesta no pudo encontrarla Adiorán Sauno hasta mucho después. Y de seguro habría seguido preguntándose cosas del mismo estilo filosófico, si un ruido extraño no llega a sus oídos en aquel momento. ¡Algo así como el frotar de una piedra contra un muro hueco!

Adiorán miró en todas direcciones: a los lados, arriba, a la derecha, a la izquierda, detrás... ¡Y vio una mano surgiendo del muro! ¡Una mano de carne y hueso que sostenía algo negro parecido a carbón!

La luz se hizo en su mente. ¡Comida! Se levantó sin esfuerzo y cogió aquel alimento. Al mismo tiempo desapareció la mano, que por cierto no pareció a Adiorán tan rugosa como aquellas de los primeros mercurianos que conoció.

Con el extraño carbón en la suya propia dejó vagar la mirada en derredor. Luego examinó el objeto; no era duro y olido junto a las ventanas de su nariz parecía inodoro. Cuando lo rozó en sus labios

sintió un sabor bastante fuerte, pero no desagradable, cosa que le hizo comer un poquito.
—¡Caramba, amigo de toda la vida! —se dijo—. Esto no lo habías comido tú antes. ¡Y no es malo!
Una prueba fehaciente de que no lo era lo patentizó su acción de ingerirlo todo a grandes bocados. El negro carbón se desmenuzaba en su boca y la saliva lo deglutía con fruición. Cuando terminó, Adiorán hubiera seguido comiendo más, pero no tenía. Además se sintió satisfecho. Y como algunos «neo-filósofos» duermen poco, se dedicó a pasear arriba y abajo, según había oído decir que hacían los penados en sus celdas.
Bastante tiempo después —Adiorán no usaba reloj de tiempo—, sintió otra vez como si frotaran con la piedra contra el muro. Se volvió hacia donde había recibido su alimento y ahora vio con sorpresa dos manos sosteniendo su escafandra unido a los tubos de aire. ¡Todo había pasado a través del muro!
—¡Caramba, don Luis, bienvenido seáis! —dijo irónico, pero se precipitó a recoger su precioso y vital artefacto.
La examinó con detenimiento, comprobó las espitas de las botellas y los pequeños manómetros y luego procedió a colocársela, atornillando detenidamente todas las clavijas. Dio el paso al aire después y viendo que funcionaba perfectamente respiró tranquilo, en el doble sentido del tópico.
Casi al momento por el mismo sitio donde había recibido la comida y la escafandra se descorrió el muro dejando abierta una entrada idéntica a las que viera cuando penetró en aquella rara mansión. Y en la puerta estaba el anciano en compañía de otro individuo...
¡No, aquella figura esbelta no era otro individuo! ¡Era una mujer que parecía en todas sus formas como una terrestre, vistiendo un traje azul, largo y muy ajustado al cuerpo y sonreía con todo el encanto de una venusiana de Hollywood!
Y otra sorpresa. ¡Hablaba una lengua extraña pero bien modulada y Adiorán podía oírla! Como también al anciano responder en el mismo lenguaje. Este fenómeno lo descubrió Adiorán al instante cuando se tocó el vidrio de la escafandra, porque algo había notado de distinto. Era sencillamente que le habían cambiado el cristal protector. ¡Y cuando quiso tocarlo su mano lo atravesó como si no existiera!
Ahora comprendió muchas, pero muchas cosas. Aquellos seres conocían el procedimiento de construir materiales de todas formas y colores cuya materia tenía la propiedad física parecida a la osmosis[2], que permitía a un cuerpo atravesar a otro sin perder su propiedad. De todas formas, la mente de Adiorán no concebía esto muy bien, pese a haberlo visto con sus propios ojos.
«¡O sea que cuando toco un objeto no lo toco y si me voy hacia el

muro...!»
¡Plaf! El golpe que se dio contra el quicio del umbral no fue osmosis, ni mucho menos. Sólo su nariz sintió el golpe, puesto que el cristal protector poseía aquella propiedad de penetrabilidad. ¡Pero el muro no!
Adiorán Sauno quedó algo aturdido y se echó a reír. Luego miró al anciano y a la mujer.
—i...! —. Algo dijo la mujer.
—Sí, conforme, soy un cretino, pero no os entiendo —respondió Adiorán.
El viejo y la mujer se miraron sorprendidos. Luego ella tendió la mano hacia él; vio Adiorán que se trataba de las mismas manos que le habían entregado el alimento a través de la puerta y luego la escafandra. Aceptó la invitación de salir y caminó junto a los dos personajes. Su mirada no se apartaba un momento de la mujer. Más bien le parecía, comparada con una terrestre, una chica de veintitantos años. ¡Y de verdad que vestida como en la Tierra, aquel tipo habría causado sensación en un boulevard de Río!
Después de atravesar varias salas desnudas se encontró de nuevo Adiorán en la explanada junto al largo muro de portales. Pero ahora no había crepúsculo, sino luz solar que lo iluminaba todo. Y al mismo tiempo descubrió mucha gente, ¡mucha más que el día anterior!, que lo invadía todo, con los rostros vueltos hacia donde él había salido. Ahora aquella gente no vestía toda del mismo modo, más bien podría decirse que una singular anarquía reinaba en el vestir de aquel pueblo extraño. Todos los colores, incluso muchos jamás vistos, y todas las formas a cual más absurdas componían los atavíos chillones, estridentes y fantásticos de aquellos atuendos.
Vio también chiquillos con las cabezas descubiertas y rapadas, brillando la tersa piel del cráneo. Ancianos barbudos que se apoyaban en báculos, bastones, sillas —o algo muy parecido a trípodes—, mujeres mostrando sus formas esbeltas y otras enfundadas en grandes cajas negras. ¡Fiesta mayor en una aldea de Mercurio!, se dijo Adiorán contemplando toda aquella gente.
Y todos hablaban, levantando un murmullo insólito. Sus gestos eran de viva sorpresa, torciendo la boca y extendiendo las manos como había visto hacer a los otros.
—¡Hola, hombres y mujeres de Mercurio! —dijo Adiorán sonriendo.
El anciano le miró fijamente, como igual hizo la mujer que estaba a su lado.
—Hoy es un día grande para vosotros...
Y cosa extraña, Adiorán percibió al momento algo así como un eco que regresaba del muro opuesto, allá al frente, a cosa de un kilómetro, precisamente en el mismo lugar donde habían desembocado saliendo

de la profunda caverna que les condujo al poblado. ¡Un eco que dijo: «Hola, hombres y mujeres de Mercurio», y luego, con la misma pausa efectuada por él, añadió: «Hoy es un día grande para vosotros...»

Adiorán se quedó perplejo y cerró la boca.

Después tuvieron que meterlo dentro de la caverna o morada, porque al abalanzarse la gente para examinarlo por poco lo matan. ¡Y morir aplastado, aunque sea debido a la curiosidad de los demás, no es algo digno de Adiorán Sauno, «neo-filósofo»!

* * *

Otra caminata de Grund, esta vez en sentido contrario a la anterior.

A los cinco días de contemplar tristemente la tumba de Gilbert, decidió emprender otra excursión a pie. Antes, sin embargo, estuvo algún tiempo intentando hacer andar al cohete espacial. En una de estas pruebas estalló un depósito auxiliar de propergol líquido, el carburante que se utilizaba en la fisión atómica de los reactores, y todo el suelo de la cabina se inundó de aquel líquido pegajoso, parecido al petróleo. Cuando Grund abrió la escotilla y el propergol derramado se esparció por el suelo, los rayos del sol que incidieron sobre él formaron una densa humareda.

Grund corrió alejándose de allí cuanto le permitieron sus piernas, esperando de un momento a otro la explosión, pero ésta no se produjo. Dos horas después, la humareda, que había alcanzado considerable altura, se disipó y con ciertas precauciones Grund volvió junto al navío.

Todo seguía igual, excepto que el brillo del acero del cohete aparecía algo empañado. Tras examinar los desperfectos interiores y no descubrir ninguno, Grund inventó la excusa para emprender otra expedición. Se aseguró que el alimento estaba en condiciones, cargó la mochila con los bártulos, esta vez provisto de un fusil eléctrico que se colgó al hombro, y se alejó.

El camino elegido esta vez no fue tan fácil como el de la semana anterior. Se dio cuenta de esto a las pocas horas de andar, al tener que descender la colina en la que se hallaba. Pero encontró un paso que casi le sirvió de tobogán, puesto que al poner el pie en falso, su cuerpo no se deslizó abajo limpiamente sino que bajó dando vueltas como un guiñapo. La altura, no obstante, no era mucha y perdiendo el rifle, la mochila y no perdió la cabeza porque la llevaba sujeta a los hombros, aterrizó contra una gran piedra de espada.

Dolorido, renegando en bávaro y en tirolés, y frotándose todo el cuerpo en busca dé un hueso perdido, se levantó. Tras recoger otra vez lo perdido en la caída y blasfemar un poco más, ahora, introduciendo algún término del Berlín moderno, siguió su camino.

Cuando le sorprendió la noche, vio que el cielo era más oscuro que en aquel desierto visitado días antes, donde el sol no se ocultaba. La

operación de comer y dormir la realizó como la vez anterior, dentro de la tienda de plástico.
En días sucesivos recorrió barrancos, quebradas, valles, hendiduras, gargantas, cañones y todos cuantos accidentes puede ofrecer la naturaleza de un suelo cuando éste está resuelto de un modo casi caprichoso. Incluso llegó a pasar por lugares donde no muchos días antes pasó su jefe Basser, antes de morir.
Y de este modo Grund descubrió la excavación de cuarzo aurífero.
Los escalones le llamaron la atención desde el primer instante. Le recordó en seguida cierta mina abierta que existía en un lugar próximo a Hamburgo, y de donde rudos mineros extraían pirita de hierro.
— ¡Esta sí que es buena! Parece como si grandes excavadoras hubiesen estado excavando aquí. Pero no se ve a ningún ser vivo.
Y una vez más demostró Grund que es más fácil bajar una ladera que subirla. Basser intentó hacerlo y le pareció que los escalones se alejaban de él, pero Grund descendió saltando y cantando, igual que un chiquillo al salir de la escuela. Llamó, sin embargo, poderosamente su atención la tonalidad dorada del suelo además de las vetas brillantes. Y cuando se agachó a examinarlas su corazón olvidó de latir una vez.
—¡Diablos, esto es oro! —gritó.
Se descargó la mochila y el rifle y su tosca figura se curvó sobre el suelo, Era tosca porque el traje de vacío le daba una apariencia de muñeco inflado y la escafandra brillante y provista de los tubos de admisión de aire, remataban su silueta casi robótica e infrahumana.
¡Oro, un valle entero de oro! ¡Millones de dólares, rublos, marcos y libras esterlinas!
—¡Dios mío, si pudiera llevarme todo este suelo a la Tierra...! ¡Tengo que cargar la mochila y volver al navío! Haré viajes, lo llenaré todo de oro, y cuando me vengan a salvar, seré el hombre más rico del universo.
Luego Grund se sentó en el suelo y se echó a reír con toda su alma. ¡En aquel momento se convirtió también Gerard Grund en un filósofo!
—¡Ja, ja, ja! Esto sí que tiene gracia —se dijo—. ¿Para qué querré yo el oro ahora? ¡Anda, dímelo, Gerard...! Sí, es oro, pero como te has de morir, a no ser que ocurra un milagro, el oro seguirá aquí y no lo podrás aprovechar... ¡Qué rabia! Pero reconoce que vale más una botella de oxígeno que una tonelada de oro... Y es que las cosas tienen el valor que se les quiere dar. ¡Bah, sigue adelante y olvídate de este oro!
Cierto. Gerard Grund acababa de cumplir cincuenta años de experiencia. Tal vez si hubiese estado solo en la Tierra desde que nació no habría sido un paria, ni un hombre «cobaya» al servicio del gobierno del espacio. Así que se encogió de hombros, miró al suelo

con sublime desdén y continuó descendiendo hacia el valle.
Media hora después, pasó, sin saberlo, sobre la tumba de Basser.
El paso más fácil que encontró fue el camino labrado entre las rocas. En él vio detalles que no había visto Basser. Primero que las paredes parecían haber sido cortadas, segundo que el suelo mostraba unos canales apenas visibles, como trazados por el paso de carretas o algún vehículo con ruedas y tercero que jamás la naturaleza ha trazado un paso tan simétrico, regular y bien medido, ascendente después.
—Y si sigo este camino y estas huellas es posible que llegue a cualquier lugar habitado. Incluso que me encuentre una colonia de seres como los que vimos aquel día y que entre ellos, haciendo de rey o profeta estén Basser y Adiorán Sauno, rodeado de bellas mujeres...

* * *

Basser, el pobre, ya no tendría jamás oportunidad de ver ni estar rodeado de nadie, pero Adiorán, el neo-filósofo estaba rodeado por una junta de ancianos.
Él estaba en, un extremo del círculo y los ancianos a su alrededor. En el período de tiempo equivalente a quince días de la Tierra, Adiorán había aprendido muchas cosas do aquellas gentes. Incluso, con gestos, palabras y mucha mímica se hacía comprender ya, pero igual que su curiosidad era insaciable, la de aquellas gentes estaba sometida al mismo mal. Todos querían saber de dónde venía, cómo había llegado hasta allí, cuál era el objeto de su viaje y quiénes sus semejantes, el mundo donde vivían, cómo pensaban las gentes, cómo se regían, cómo dormían y reían...
Muchas preguntas que Adiorán apenas podía comprender y otras que apenas podía contestar. Aquellas gentes formaban parte de vasto pueblo que vivía en Mercurio desde hacía tantos años que nadie recordaba. Aquellas gentes tenían un organismo funcional que se alimentaba como cualquier ser, se nutría de los alimentos concentrados que le facilitaba su ciencia, bastante compleja por otra parte, y vivían sin trabajar.
Su vida era meramente contemplativa, espiritual, y echando el cálculo con medidas de tiempo —para lo cual tuvieron que recurrir a piedrecitas que fueron pasando de una a una— llegó a comprender que vivían un tiempo equivalente a los cien años terrestres. Luego morían e iban a un lugar, siempre oscuro, y allí dejaban sus huesos, cumpliendo una ley ancestral que provenía de muy remoto.
Quien más ayudó a Adiorán en la comprensión de aquellas gentes, fue la esposa —se casaban también con un rito, tenían hijos por función genética y se reproducían del mismo modo que cualquier ser vivo— del anciano patriarca, una especie de santón a quien todos reverenciaban por su juicio, sabiduría y experiencia. Entre la mujer y el

hombre no existían desavenencias de edad. Allá se casaban hombres y mujeres no importaba la edad que tuvieran, o si ella era una niña y él un anciano, o viceversa. Incluso los había que no querían esposa y mujeres que no querían marido.
Pues bien, aquella linda mujer, la primera que vio Adiorán, de la raza «poona» —así se llamaban— era conocida en la población con el nombre de Aena, esposa de Aen, el sabio. Ella hizo comprender a Adiorán que habían examinado el contenido de las botellas de aire antes de quitarle la escafandra el primer día que llegó allí.
(Para facilitar la comprensión del lector, Aena, dijo:)
—Mi buen esposo comprendió que ese casco era para poder respirar tus pulmones que no están acostumbrados a nuestro aire. Cuando te quitó por la fuerza un tornillo del casco, te desmayaste, pero te dio aire otra vez en seguida, cerrando el tornillo que aflojó. Luego se le ocurrió la idea de llenar de aire, ese de tus botellas, el interior de una habitación herméticamente cerrada, y así pudiste ser alimentado. Otro problema era que no podías oírnos, y esto dificultaba la comprensión, puesto que nuestros exploradores Lenfa y Daro, al no poder oír tu voz, creían que eras mudo, y aprovechando tu sueño, cambiamos el cristal de tu casco por otro igual pero de composición distinta, de modo que ahora puedes comer y oír, mientras que el aire nuestro, que es malo a tu organismo, no penetra.
—¡No sabes, Aena, cuánto agradezco a ti y a tu buen esposo todo cuanto habéis hecho por mí! Ahora conviene que venga pronto la expedición enviada por mis compañeros y entre todos tal vez podamos salir con vida de este mundo y regresar al nuestro. Dos de mis amigos viven todavía y...
Así hablaron Aena y Adiorán, no un día, sino muchos. Sus cuerpos estaban apoyados contra el muro de la larga fila de viviendas y sus ojos escudriñaban el purísimo cielo. Así aprendió rápidamente Adiorán el lenguaje de los moradores de Mercurio, aprendió su filosofía, su religión y su moral. Supo que no eran técnicamente adelantados, que jamás habían guerreado con otros pueblos, y que cuando su apatía espiritual se veía ultrajada por una duda u ofensa, siendo ellos los ofendidos, pedían disculpas al ofensor. Estas costumbres estaban firmemente arraigadas en ellos. Sus pueblos estaban adosados a largas murallas, algunas de más de cien kilómetros, y las casas todas eran iguales. Había gentes que vivían más al sur, en el reino de la eterna oscuridad, y otros que vivían más al norte, cerca de la gran luz, pero directamente bajo el sol, no podían vivir, puesto que el calor era tremendo, y aunque su organismo estaba bastante acostumbrado a las elevadas temperaturas su permanencia allí era de poco tiempo, escasos días, como había visto hacer a Lenfa y Daro, en su inspección.

—Estaban examinando el terreno, presintiendo los movimientos del Gran Seísmo. Nuestros hombres están muy habituados a estos fenómenos del suelo, que ha sido siempre nuestro mayor azote —decía Aena—. Por los presagios e indicios, pueden saber qué dirección tomará el terremoto y si peligra alguna de nuestras poblaciones. Caso de ser así avisan y evacuamos los lugares peligrosos. Pero vuestra súbita aparición les retrasó, aunque sabían muy bien que el seísmo no atravesaría el gran bloque de piedra que tenemos ahí delante.

Adiorán miró a la muchacha. La edad no le importaba lo más mínimo, pero sabía que Aena contaba años equivalentes a una mujer terrestre de veintitrés. ¡Estaba en plena flor de la juventud! Y en el poblado se la consideraba la mujer más bella; por algo fue pedida por el más sabio. Un hombre que la poseía desde muy pequeñita, la cedió generosamente a Aen, y éste, en recompensa, le dio muchos sabios consejos.

De este modo, pasaron los días. Aquel en que estaban reunidos los ancianos de varias regiones conversando con él, el tema a discutir era precisamente las posibilidades de que vinieran más hombres como Adiorán a visitarles. Ellos estaban dispuestos a recibir a muchos miles, a darles de comer, incluso a efectuar el experimento de si podrían intercambiarse las razas, pero Adiorán sacudió la cabeza dubitativo.

—¿Acaso tu pueblo no querría ser hermano del nuestro? —preguntó Aen mirando fijamente a Adiorán.

—Mi pueblo es muy extraño, ancianos. Los hombres se aman porque les obliga la ley, pero lo componen gentes ambiciosas y malas.

—¿Todos son así? ¿Tú también, Aniomán? ¿así sonaba su nombre en aquel lenguaje?

—No, hay de todo. Buenos y malos; precisamente ahí radica la dificultad de vivir en mi mundo. Nunca sabemos quién sonríe y te traiciona y quién, tras su torvo rostro, esconde un corazón amigo—. ¡Cierto, al expresarse así, Adiorán empleaba el lenguaje de la nueva filosofía del siglo veinticinco!

Los ancianos reflexionaron. Y no habían transcurrido diez minutos cuando llegaron corriendo varios hombres, procedentes del paso alto, un camino que conducía, dando un gran rodeo, al otro lado de la enorme muralla de piedra cristalina. Corrían como no solían hacerlo nadie de la raza «poona», y su expresión —ahora Adiorán la comprendía— era de consternación y horror.

El primero que llegó hasta el círculo de ancianos se abrió de brazos, tendiéndolos en cruz, y así quería manifestar su deseo de interrumpir a los ancianos de todas las poblaciones de Mercurio, porque traía importantes noticias que decir. Y cuando todos le miraron con gravedad, el hombre empezó a decir atropelladamente:

—Encontramos al hombre que viste igual que este buen Aniomán, pero no pudimos acercarnos a él... Empleó un objeto extraño que paralizaba nuestros movimientos. Hacía un gran ruido... Alkon, Alir, Kugra y Ammer cayeron muertos bajo aquel ruido y los demás hemos huido para avisaros, puesto que si insistimos en acercarnos, nos habría matado a todos...
El primero en levantarse fue Adiorán. Su rostro se había descompuesto al oír la noticia, Y al mirar a los ancianos sólo vio rostros acusadores, fríos como el mármol...
¡Grund o Basser habían osado disparar sus rifles contra los «poonas» y aquello podía acabar mal para ellos!

CAPÍTULO V

Grund estaba a punto de descender por el difícil paso, donde el camino seguido hasta entonces se cortaba por una gran zanja, para volverla a subir al otro lado, cuando vio aparecer al grupo de hombres. Quedó tan sorprendido que de momento no supo qué hacer.
—¡Vaya, los del capuchón! ¡Ves como te decía yo que este camino iba a alguna parte!... Si no fuera porque creo en el destino, todavía estaría esperando junto a la nave... ¡Eh, vosotros...! ¿Habéis visto a unos hombres que visten como yo?
Los «poonas» estaban jubilosos, aunque sus movimientos pausados no demostrasen a Grund esta verdad. Y al ver al terrestre, su primera intención fue acercársele. Pero había una gran zanja por en medio, zanja producida hacía tiempo por un terremoto. Precisamente por esta zanja habían abandonado la gran excavación de mineral dorado, puesto que descubrieron otro más cercano en la región oscura. Así que se llevaron sus máquinas y no se molestaron más en arreglar el camino para los «tiols» (sus carretas, tiradas por ellos mismos).
Y su júbilo se manifestó por descender hacia la zanja y saltar sobre las peñas para aproximarse a donde Grund estaba. Este se asustó entonces; ante los ojos estúpidos de su imaginación, se imaginó una horda de salvajes que pretendía hacerle prisionero. También pensó en sus compañeros capturados por aquellos hombres del extraño traje y la caja negra a la espalda; capturados y quizá torturados...
Grund siempre había sido igual, aunque recientemente tuviera algunos chispazos de ingenio, igual en el sentido, puesto que el lector jamás ha sido engañado en cuanto a que Grund era un imbécil, cosa que quedó dicha desde el principio. Y asustado de aquellos hombres que corrían hacia él para llevarle en hombros hasta su poblado, descolgó precipitadamente el rifle que pendía del hombro y empezó a disparar.
Las descargas eléctricas eran ígneas y su voltaje capaz de apuntillar a un elefante; cualquier miembro tocado por una de sus descargas, significaba la muerte por electrocución, pero una muerte instantánea,

horrible e irremisible.
Fueron cuatro disparos casi a quemarropa, y cuatro hombres que se convulsionaron, borrándoseles la alegría de sus rostros. Rodaron por el suelo.
Al otro lado de la zanja había algunos hombres más retrocediendo lentamente. Y tuvieron suerte, puesto que el retroceso hizo comprender a Grund que huían atemorizados de su hazaña. Grund no era un sanguinario carnicero, y sentía haber matado aquellos cuatro pobres indígenas; de verdad lo sentía, pero decíase que su vida valía más que la de un millón de aquellos hombres, ¡Pobre Grund, cuán estúpido era! ¡Sólo por esto debía ser perdonado!
Y luego vio correr desordenadamente a los restantes. Al quedar solo deseó Grund averiguar quiénes eran aquellos hombres y bajó a averiguarlo. Tal vez pensaba en registrarlos y buscarles la documentación... «¡Ay como sean rusos que han llegado en un cohete secreto antes que nosotros! Cuando regrese a la tierra los denunciaré a la Intervención General del Espacio y mi voz será oída en todos los televisores del mundo. Hasta en Hamburgo me verán hablando delante de los Presidentes de los Gobiernos... ¿Pero no podrían ser de verdad habitantes de este planeta? ¡Si nosotros hemos vivido en la Tierra tantos años!... ¿Por qué no pueden vivir éstos aquí? ¡Eh, Grund! ¡Anda, responde a esto!»
Y bajó agarrándose en los salientes de las piedras, puesto que la hendidura no era profunda. Se inclinó sobre el que tenía más cerca y la expresión crispada de aquel rostro humanoide a causa de la convulsión eléctrica le sobrecogió un poco. Tocó la caja y ¡retiró la mano rápidamente como picado por un escorpión! ¡Se le había hundido un dedo en el metal negro!
—¡Diablos, aquí hay truco! —dijo en voz alta. Y no volvió a tocar la caja.
Estuvo un rato buscando bolsillos entre aquellas ropas, y como no los encontró empezó a rasgar aquí y allá, para lo que debió tirar de la prenda con toda su fuerza, porque eran resistentes como no había visto nada igual.
Sus esfuerzos sólo consiguieron dejar al hombre desnudo sin haber encontrado nada de lo que buscaba. Un arma, aunque estuviera escondida bajo la axila, un papel, -una insignia, algo, pero ¡nada! No había nada. Puesto que los «poonas» tenían su carnet de identidad dentro del cerebro no se identificaban hablando.
—No me negarás, amigo Gerard, que el caso es curiosísimo —se decía, sin poderse rascar la cabeza o la barbilla.
Permaneció unos instantes indeciso. Su mente se veía en aquellos días demasiado precisada a pensar con rapidez y el ejercicio mental le fatigaba, falto de práctica. Pero entre la confusión de sus ideas

prevaleció una que tenía todas las características de ser razonable.
—Es posible que vuelvan esos hombres... Habrán ido a avisar a los otros y no me extrañaría ver venir a cientos o miles de ellos. En este caso el rifle eléctrico de bien poco te puede servir, porque a lo sumo podrás matar a cincuenta más, pero una vez terminada la carga... ¿Qué?
Sólo había una respuesta: huir. Hacerlo pronto, ahora que tenía tiempo, y cuanto más rápido mejor. No reflexionó dos veces y se puso afanosamente a escalar el muro por el que había descendido. Eligió un camino al azar, procurando ascender todo declive que encontraba, pensando que desde la altura podría defenderse mejor en caso de ataque.
Así no supo el tiempo que anduvo corriendo, ascendiendo siempre, resbalando y volviendo a subir, sujetándose de pies y manos a las rocas, incluso sintiendo punzante escozor en su pecho a causa de la fatiga, no regulada la respiración con la provisión normal de las botellas de aire. El esfuerzo era grande para Grund, pero su pánico lo era más.
De cuando en cuando volvía el rostro atrás y abajo, buscando ávido una horda de perseguidores, tal vez provistos ahora de armas más potentes que la suya. Subía, volvía el rostro, escudriñaba el terreno dejado atrás y volvía a subir.
Al fin llegó a un punto donde no podía trepar más: a la cúspide de una elevada montaña. Cuando miró abajo apenas pudo creer que hubiera podido subir tan alto. Su vista se extendió en todas direcciones y reconoció la mina de oro a cielo abierto, el paso donde se encontró a los aborígenes, y mucho más allá, sobre todos aquellos accidentes del suelo, la colina donde estaba la astronave, ¡pero muy lejos!, casi en el mismo confín de la vista.
Aquello le consoló. Entonces sintió hambre y se dispuso, amparado por una depresión del terreno, a preparar su tienda de plástico y ponerse a comer.
Mas no lo hizo. En aquel preciso instante descubrió allá abajo un grupo de gentes y al frente de ellos... ¡Un terrestre vestido con escafandra y traje de vacío!
Grund estuvo a punto de dar un salto de alegría y ponerse a correr ladera abajo. Debía ser Adiorán o Basser, puesto que de la muerte de este último no tenía constancia. ¡Estaba salvado!
La distancia estaba dentro de los límites del radioemisor, pero por más que gritó no recibió respuesta de aquel terrestre. Luego manejó los tres conmutadores y volvió a gritar frenéticamente:
—¿Eres Adiorán o Basser? ¡Responde por...!
—¿Eres Grund? —llegó hasta él la voz furiosa de Adiorán Sauno.
—¡Soy Grund, soy Grund... Gracias, Dios mío!

—¿Dónde estás, especie de idiota con orejas de cuadrúpedo? ¿No sabes lo que has hecho? Ahora no doy por tu vida ni el valor de una brizna de paja, estos hombres te quieren coger para que respondas de la muerte de cuatro hombres... ¿Los mataste tú o ha sido Basser?
Grund sacudió la cabeza como aturdido. Oía perfectamente a Adiorán, aunque sabía que no podía ser visto en el lugar donde se encontraba. Incluso asomando algo la cabeza sobre la depresión y mirando abajo veía a Adiorán y a los otros hombres congregados alrededor de la zanja donde se defendió del ataque.
—¡Tenía que defenderme, Sauno! ¡Compréndelo! ¿Quiénes son esta gente?
—Seres que nos recibían con los brazos abiertos, que eran amigos míos, y que ahora por tu crimen les has convertido en enemigos. Son pacíficos, pero si se les despierta el enojo no sé dónde pueden llegar. Hemos salido a buscarte, pero es mejor que te escondas donde nadie pueda encontrarte. Ahora no sé dónde estás...
A continuación escuchó Grund una serie de palabras en una jerga ininteligible y con la mayor sorpresa, oyó a Adiorán responder torpemente en el mismo lenguaje.
«¡Brujas y aquelarre!, se dijo sorprendido Grund, Adiorán habla ya como ellos.»
Esto no era cierto, pero el brasileño se hacía comprender perfectamente. Y es que en quince días, cuando la necesidad obliga a charlar casi veinte horas diarias, el más torpe consigue hacerse entender hasta de un simio.
Grund se dio cuenta que estaba metido en un mal paso. Adiorán no le mentía, puesto que le conocía bien, incluso llegó a sentir cierta admiración por él durante el año que habían estado encerrados juntos dentro de la cabina de la espacionave. Era un tipo raro, pero simpático, cuya presencia era preferible a la de Basser.
Y llegado a esto se dijo que durante el terremoto el jefe de la expedición debió, forzosamente, perecer de algún modo trágico. Esto, legalmente, le ponía bajo las órdenes directas de Adiorán, y, además, lo que el filósofo le había dicho no era una orden, sino una sabia advertencia. Grund sabía que era conveniente obedecer si quería seguir viviendo.
Se dio varios golpes en el pecho con furia, se hizo daño incluso, y terminó revolcándose con rabia por el suelo. Era un chiquillo todavía y tenía derecho a enrabiarse.

* * *

Adiorán, seguido de los «poomas», caminó por el viejo sendero abandonado de la mina. Daro y Lenfa iban a su lado, mostrando una expresión de abatimiento. Excepto los dos viejos exploradores, la comitiva enviada por Aen a capturar al terrestre asesino, estaba

compuesta de gente joven, ágil y veloz.
Sauno conocía la habilidad combativa de aquellos seres. No poseían armas de ninguna especie, pero sus músculos eran sólidos como el acero. Andaban pausadamente, pero lanzados a una carrera, aventajarían a un rápido tren y su fuerza era mastodóntica. Aen había ordenado traer vivo al terrestre, pero si se resistía, debía ser sometido. Y cosa curiosa, digna de un sabio venerable. Dijo a Adiorán antes de partir:
—No te hago responsable a ti de las acciones de tus compañeros. De este aspecto social hablaremos más adelante, si tenemos ocasión. Pero tampoco quiero que nos digas el daño que puede hacer tu compañero, ni dónde podemos encontrarle. Es de tu raza, y por tanto sois hermanos, y quien traiciona a un hermano, por malo que sea, demuestra ser de su misma condición.
—¡Justo, buen Aen! —replicó Adiorán admirado—. ¡Eres sabio, pero yo quiero también que haya justicia! Conozco bien a mis compañeros, y el único prudente de los cuatro, tengo entendido que murió, de los otros dos restantes no respondo, pues no merecen mi confianza. Sin embargo, pido que me permitas presenciar su captura y su juicio. Serviré de intérprete a su defensa y sabremos las razones que ha tenido para matar...
—¡Matar no está justificado con razones, Aniomán! Cogeremos a tu compatriota y lo juzgaremos... Nosotros no somos nadie para privar de la vida a un semejante, pero purgará toda su vida el delito... ¡Es nuestra moral! Quien no quiere vivir en sociedad con los «poonas» se le destierra al mundo de la luz y trabaja en beneficio de nuestra sociedad... ¡El será empotrado!
Esta última expresión no la pudo traducir Adiorán, pero se dijo que no significaba nada halagüeño para el terrestre que había matado a los cuatro «poonas».
Luego se puso en camino la expedición. Aen encargó la misión a un nutrido grupo. Debían ir hasta el lugar del suceso, en el antiguo paso de la misma hondonada, y una vez allí, buscar al terrestre en todas direcciones.
Y cuando algunas horas después se alcanzó el objetivo y se descubrieron los cuatro cadáveres, Adiorán que había estado manipulando secretamente con su radioemisor, sabiendo que si había un terrestre por las proximidades, podría comunicarse con él por radio, escuchó la llamada de Grund.
Tenía suerte que la voz de Grund llegara distante y apagada, puesto que el nuevo material de su casco escafandra permitía la salida de sonidos. Por su voz, hablando inglés no le importaba, pero aquellos hombres que le rodeaban podían escuchar a Grund y descubrirle. Afortunadamente, le oyeron hablar a él solo.

Daro se le acercó y preguntó:
—¿Hablas tu lenguaje, Aniomán? ¿Qué dices?
—Rezo. En mi tierra se hablan palabras con el corazón delante de los hombres que mueren. Así la oración la recoge el buen Dios y perdona los pecados cometidos por los muertos.
—¡Ah, Aniomán, muy bueno...! ¿Y vuestro Dios perdona a los hombres que han matado a otros?— insistió Daro.
—Si se arrepienten, sí.
—¿Cómo es el arrepentimiento en tu mundo? ¿Se quitan acaso la vida en desagravio o se dedican durante el resto de sus días a purgar el mal cometido?
Adiorán pensó que la nueva filosofía no había previsto tan delicado aspecto. La respuesta tenía un doble sentido jurídico y humano: los mandamientos incluidos en la Ley. Pero la pregunta de Daro era artera, capciosa.
—Es muy complicado, Daro. Además nuestro mundo se rige por otros principios que vosotros....
—Pues verás, Aniomán, cómo nos regimos nosotros.
Y no supo Adiorán Sauno si aquellas palabras encerraban una amenaza o una enseñanza. Al momento, uno de los ancianos ordenó se trasladaran los cuatro cadáveres al poblado mural y el resto de los exploradores «poonas» se extendieron en grupos de cinco o seis por aquellos contornos.
Adiorán quedó relativamente solo. Lenfa le invitó a seguirle hacia el camino de la mina.
—Ven por aquí, hombre de tu Tierra —le dijo—. Creo que podemos ir hasta donde dices tenéis el vehículo que os trajo aquí. Es posible que tu compañero haya regresado a él.
Y Adiorán comprendió que la única salvación de Grund era refugiarse dentro de la espacionave. Intuía que los «poonas» no podrían penetrar dentro de ella, a no ser que dispusieran de algún poderoso soplete. Y tenía noticias que sus adelantos técnicos estaban reducidos sólo a lo simple e imprescindible de la vida diaria. El hecho de poseer un material osmótico, no significaba nada relativo a progreso científico; era un material que habían descubierto investigando rústica alquimia y nada más. Poseían abundancia de él, como poseían oro, que utilizaban para hacer vajillas, y pocas cosas más.
La evolución técnica de los «poonas» había seguido un camino distinto al de los terrestres, idiosincrasia de su moral y su apatía espiritual, sin duda.
Así, procurando quedarse algo rezagado para que no le oyeran hablar, dijo a Grund por radio:
—¡Óyeme bien! Si quieres conservar tu vida, lo mejor que puedes hacer es correr hacia el navío y encerrarte dentro. Allí no te podrán

alcanzar, porque no poseen nada para atravesar el acero irídico.
—¿Qué me harán si me cogen, Adiorán? —preguntó suplicante Grund.
—No lo se, pero imagino no será nada bueno.
—¿Pero tú pareces amigo de ellos? ¿Por qué no intercedes por mí?
—Procuraré hacerlo, Grund, pero compréndelo... ¡Has dejado mi reputación bastante debilitada!—. Adiorán, el filósofo de la nueva escuela, en el fondo compadecía a Grund. Y por otro lado, no quería verle morir. Mientras pudiera le ayudaría, pero también estaba cierto que no arriesgaría su vida por salvar a su compañero de expedición. ¡Bueno, Grund, corre todo los que puedas y ten mucho cuidado! Hay más de doscientos hombres muy veloces corriendo por estos alrededores.

* * *

Grund sudaba copiosamente. No tenía miedo a luchar, pero el número de sus perseguidores era superior a las descargas de su rifle. No podría matarlos a todos, y presentía que cuanto mayor daño causara a los habitantes de aquel mundo, peor lo pasaría él si lo cogían.
El consejo de Adiorán no era malo. Mas cuando se asomó a la depresión y vio pulular a los grupos de hombres buscando por todas partes, el miedo le proporcionó alas en los pies. Todo lo arrojó: la mochila, las botellas de reserva de aire, los alimentos, todo, menos el rifle, con el que confiaba abrirse paso hasta la nave. Y corrió.
Corrió como un gamo, velozmente, con furia desesperada, saltando anchas zanjas, descendiendo escarpadas pendientes, subiendo y bajando por elevadas peñas, dando saltos de más de cuatro metros, gracias a la fuerza de atracción inferior del suelo, a la gravedad pequeña de Mercurio. Miraba ansiosamente en todas direcciones esperando ver aparecer a sus perseguidores.
Conocía el camino perfectamente. Lo había estado siguiendo con la vista desde la montaña y distinguía la espacionave, algo empañado ahora su plateado brillo a causa de aquel accidente. Y como el miedo le daba nuevos bríos, vio anhelante cómo se acortaba la distancia.
Pero en aquel momento empezó a ocultarse el sol. Daro habíase subido a una peña, especie de monolito natural y desde allí oteaba el horizonte; cinco hombres «poona» le rodeaban esperando sus indicaciones. Y de repente Daro extendió el brazo al ver correr a una extraña e inconfundible figura.
Un fenómeno que todavía no había comprendido bien Adiorán era el del aire que respiraban aquellos hombres. Le habían dicho que el ambiente en que vivían había adaptado sus organismos al aire. Era indudable que necesitaban oxígeno para respirar, porque sólo de hidrógeno su organismo se deformaría, presentando otro aspecto al que tenían los terrestres. La razón radicaba —al menos creía adivinar

— en que la falta de oxígeno del aire, la suplían en los alimentos ingeridos. El organismo fisiológico funcionaba igual que el de un terrestre, pero ciertas células internas debían ser distintas, puesto que Adiorán respirando hidrógeno habría muerto. Así, pues, las fauces nasales de los «poonas» inhalaban hidrógeno caliente y muy radiactivo, pero las demás substancias necesarias, las ingerían por vía bucal.
Aparte de esto Adiorán no sabía nada más.
Ahora bien, como los «poonas» no tenían necesidad de escafandra o traje aislante para vivir en aquel mundo, una figura corriendo que presentaba estas características extrañas para los mercurianos, debía ser forzosamente un terrestre.
Ahora aprendió Adiorán que una sutil atmósfera de hidrógeno posee también grandes propiedades acústicas. Empezó a sentir gritos y avisos proferidos a todo pulmón y comprendió que Grund había sido descubierto. Los avisos ordenaban congregar a los «poonas» en dirección al terreno donde tenían los terrestres su espacionave.
—¿Me oyes, Grund?
La voz jadeante del joven alemán llegó hasta Adiorán entrecortada:
—¡Sí... te... oigo, Adío... rán! ¿Qué... ocurre?
—¡Te han descubierto y como no te des prisa te alcanzarán! ¿Te falta mucho por llegar al navío? —preguntó Adiorán, también corriendo para no perder de vista al grupo de Lenfa que le precedía.
—¡Dios mío, Adiorán... estoy reventado! ¡Cuanto más... corro... más lejos parece estar el cohete!
—¡Vuela, pues! ¿No llevas un reactor auxiliar?
—No, ¿para qué podría servirme aquí? —preguntó Grund.
—Ahora precisamente podría ser tu salvación.

* * *

Y Gerard Grund corrió más aún, sintiendo latir su corazón desacompasadamente, sintiéndose bañado en sudor, sintiéndose morir asfixiado. Remontó un declive, resbaló y cayó rodando, pero se incorporó y subió otra vez. En aquel momento volvió la cabeza y vio correr a varias formas inclinadas detrás de él. Parecían saetas saltando sobre los riscos con una celeridad impresionante.
Grund también corrió. El crepúsculo se estaba extendiendo por el firmamento, pero aún había suficiente claridad para reconocer el terreno. Y como volvía el rostro a cada instante, veía a los habitantes de Mercurio cada vez más cerca.
Eran seis o siete, pero detrás corrían muchos más... ¡Y ganaban paulatinamente terreno!
Desesperado, Grund se detuvo y empuñó el fusil eléctrico.

CAPÍTULO VI

Desde lejos, sobre el valle formado por la antigua mina de oro,

Adiorán escuchó perfectamente los estampidos de fusil eléctrico de Grund y entornó los ojos deteniéndose en su carrera.
«¡Idiota!», se dijo interiormente.
—¿Qué haces, Grund, estás loco?
—¡Dios mío... me alcanzan... están ahí mismo, Adiorán! —gemía el pobre Grund.
Y su fusil detonaba furiosamente sembrando el declive de cadáveres.
Daro fue el primero en caer. Su cuerpo se contrajo víctima de la furiosa descarga eléctrica y rodó a los pies de sus compañeros. Estos se detuvieron sorprendidos, pero la muerte se cebó en ellos, segándolos. Había disparos de Grund que mataban a dos o tres,
Debido a la amplitud de la mortal onda eléctrica de algunos miles de voltios.
Eran disparos cortos, segados, alocados, hechos con la precipitación del desespero, y los «poonas» no conocían el secreto de las mortíferas armas de los terrestres. ¡Pero veían aterrados sus efectos!
La primara reacción de lo« «poonas» fue detenerse, después huir despavoridos en todas direcciones. De este modo respiró Grund, y al momento echó a correr otra vez. Su meta era el cohete, ya bastante cerca, y durante media hora más corrió con toda su agotada energía.
Pero logró alcanzarlo. Llegó a él con la lengua rozando el cristal de su escafandra, empañado en un vaho vaporoso que le dificultaba la visibilidad, sacudido por convulsos espasmos, pero llegó.
Y se lanzó en «plongeon» hacia el paso que había practicado en el suelo para poder penetrar dentro de la volcada espacionave. Una anguila no habría serpenteado tan rápido como él, y una vez dentro su mano febril empuñó la palanca de la escotilla cerrándola. Allí quedó tendido, casi ciego, con el rostro pegado al cristal de la escafandra, respirando trabajosamente, pero sentíase a salvo.
—¡Ya... he... llegado... Sauno! —musitó.
—Sí —respondió éste desde la distancia—, ya lo se... ¡Pero has matado a doce hombres más! ¡Has buscado tu ruina y la mía... Grund! Pero tú no tienes la culpa, no, Grund, no la tienes... Presumo que todos somos algo responsables de esto. ¡Adiós, Grund, corto!
—¡No, Sauno, no me abandones ahora... por tu madre!
Adiorán estaba sentado en el mismo lugar donde escuchó los disparos. Miraba hacia abajo, ignorándolo, hacia la tumba de Basser. Había visto el oro, lo reconoció al momento, pero para él no tenía valor tanta riqueza. ¡No la tenía allí en Mercurio, ni en la Tierra siquiera!
Había salido de su mundo esperando conocer el misterio de los espacios infinitos, sondear en la naturaleza de otros planetas, dominar su insaciable curiosidad, pero... ¡Ahora reconocía que no se puede ser ambicioso, tampoco en cosas justas!

Allí estuvo mucho tiempo, horas largas y tristes, pensando en el destino, en su viaje a Mercurio y en la suerte de sus compañeros. No dudó que Basser habría muerto como Gilbert, y se decía que tampoco le importaría morir a él también... ¡El mal ya estaba hecho, fuese por causa del inconsciente Grund o por él mismo! Los «poonas» serían en lo sucesivo enemigos del hombre; enviar más naves a Mercurio sería acrecentar la guerra, incluso podía dominar a los «poonas», someterlos por la fuerza de las armas, los harían esclavos, como a los «shangos» rojos de Marte, pero aprenderían del hombre y se levantarían algún día contra ellos, lucharían por su libertad, como la historia descrita por Ghana Barum, el historiador y filósofo indio de la actualidad...

¡Jamás se debía colonizar un planeta empleando la fuerza! Y más cuanto que los «poonas» habían demostrado ser sabios, prudentes y justos...

«¿Vale la pena sacrificarse por algo en este mundo?», se preguntó Adiorán. ¡Bien puedo sucumbir, hacer que sucumba Grund, enterrándolo junto con su navío en una sima, para borrar así nuestro paso por Mercurio, hacer olvidar a estos hombres sencillos nuestro odio y prevenirles para cuando vengan los terrestres otra vez que no se aparezcan a ellos!... El curso de la historia es inmutable, igual que el de los astros y el de las razas... ¿Vale la pena el sacrificio mío y el de Grund para salvar a este pueblo? ¡Las condiciones ambientales de Mercurio no seducen a los terrestres, lo sé! Si vienen algún día verán que no pueden vivir aquí y se marcharán; «inhabitable», escribirán en los catálogos del Espacio, y los «poonas» gozarán de su milenaria paz... ¡Cuán cruda es la vida del hombre! ¡Cuánta verdad hay en la muerte! ¿Por qué no morir y abandonarlo todo? Todo eso del destino histórico de los hombres se desmorona sin consistencia alguna en torno mío, puesto que la conquista del espacio no hace más grande al hombre, sino más ruin, más bajo y más despreciable...

«Estos hombres confirman que muchos mundos están habitados, confirman que son temerosos de Dios y de sus costumbres, que respetan y acatan por encima de todo... ¡Y no guerrean entre sí! Pero si les acosan... ¿Qué son capaces de hacer?»

* * *

Al día siguiente Lenfa y un grupo nutrido de «poonas» se acercaron a Adiorán. Este los vio ascender por el declive escalonado, pisando el oro de su mina abandonada y no dijo nada.

—Aniomán— dijo Lenfa, con un acento tristísimo, tanto, que formó un nudo en la garganta de Adiorán—, escúchame, terrestre... Podría decirte muchas cosas, pero no quiero hacerlo. Ven con nosotros y Aen te las dirá. Él representa a nuestro pueblo, él piensa y habla por todas las bocas de este mundo que tú llamas Mercurio y nosotros Pal... Ven

con nosotros y verás tristes a los rostros que ayer reían porque tenían esperanzas de conocer a los valientes hombres de la tierra, verás el llanto de Aena, como lo estás viendo en estos hombres que te miran...
—Bien dices, Lenfa. Sé que tu amigo Daro ha muerto... Las voces de vuestro viento han llegado hasta mí y he sabido, por eso también yo lamento y lloro la pérdida de tus hermanos, y siento la locura de mi compañero. ¡Hágase la voluntad del Señor! ¡Vamos, Lenfa, estoy contigo!
Adiorán Sauno se levantó y echó a andar seguido de los «poonas». Compartía su tristeza y estaba diciéndose que poco le importaba si le hacían responsable a él de las acciones de Grund. Adiorán Sauno era un neo-filósofo completo y tenía temperamento de mártir.
Algunas horas después llegaron al poblado. La gente estaba congregada allí vistiendo grandes y chicos el traje oscuro de los lutos, como el que Adiorán vio por primera vez, y creyó que era el general modo de vestir. Supo que esperando el terremoto y presintiendo la desgracia se habían vestido así, pero pasado el peligro adoptaron cada uno sus vestidos preferidos.
Incluso vio a Aena, junto a su esposo, ante la puerta de su morada, llevando el mismo absurdo vestido que desfiguraba su linda silueta.
Todos se habían vestido así para honrar la memoria de las víctimas de Grund. Los cadáveres de los valientes jóvenes, junto con el de Daro, estaban tendidos junto a las casas y los habitantes les contemplaban a distancia con aquella extraña expresión de profundo respeto.
La llegada de Adiorán no despertó esta vez ningún comentario. Muchos rostros se volvieron a mirarle, pero Adiorán, que entendía sus expresiones, supo que el odio era el sentimiento colectivo. ¿Qué podía hacer él?
La calzada se abrió a su paso, formando los «poonas» un camino que conducía hasta la casa de Aen, y cuando Adiorán se detuvo delante del anciano, bajó la cabeza y murmuró:
—Buen Aen, mi corazón siente tanto como el tuyo lo sucedido. Confieso haber ordenado a Grund, mi compañero, que huyera, puesto que le perseguíais. Pero le reproché haber disparado su arma contra vosotros.
—¿Eres sincero, Aniomán? ¿O tu lengua, como dices que hacen en tu pueblo, dice lo que no siente el corazón o la mente? —preguntó casi brutal Aen.
Adiorán levantó la vista y miró el rostro del anciano. Aena se había cogido a su brazo y miraba fijamente a Adiorán, también con odio.
—¡Te juro que no, Aen! —gritó Adiorán—. ¡Yo no soy igual que ellos!
Aen no contestó, se limitó a recorrer con la mirada todos los rostros congregados en la plataforma frente a las moradas. El sol iluminaba

su figura venerable y allí arriba, asido del brazo por Aena, parecía un dios mitológico dispuesto a ofrecer un castigo severo.
Al fin se volvió a Adiorán y dijo:
—Mis hermanos han cambiado el sentimiento que estaban dispuestos a ofreceros... La vida de nuestros muertos les ha hecho cambiar. Ahora dicen que los hombres venidos del otro mundo no son buenos y no queremos tratos con ellos.
«Pero yo soy justo contigo. Nada has hecho contra nosotros, y has honrado nuestra hospitalidad. Por eso no podemos hacerte pagar el delito de tu compañero. Nuestra ley castiga sólo al que comete la falta, no a su familia ni amigos. Hemos decidido castigar a tu compañero...
«Creo más oportuno hacerle morir para que no haga más daño a nadie... ¡Quizá sea un loco o un infeliz! Pero muerto no dañará más.
«En cuanto a ti, te alejarás de nuestros pueblos y no te acercarás más por aquí, ni ninguno de nuestros hombres se acercará a ti... Procúrate los alimentos necesarios en otra parte, porque nosotros no podemos darte más hospitalidad... Además, existe una razón que nos ha preocupado desde el primer día que llegaste, Aniomán. Me refiero a vuestra existencia de aire para respirar... ¡cuando se termine el aire de tus botellas has de morir igual!... No podemos ayudarte en esto y tú lo sabes; por esta razón, y para no prolongar tu agonía, te ofrecemos la oportunidad de morir junto con tu compañero.
Adiorán Sauno no se sorprendió siquiera. Estaba intentando por todos los medios imaginables y psíquicos, ponerse en lugar de aquellas gentes y comprenderles. Pero no era necesario, sin esforzarse les comprendía perfectamente. Tenían razón, era la lógica reacción del ser que piensa: ¡Vida por vida, es preferible la de uno! Ellos elegían su seguridad al sacrificar a los terrestres, quienes, por otro lado, sólo habían hecho que ocasionarles disgustos.
—¡Eres justo, buen Aen! —dijo en voz alta, de modo que todos pudieran escucharle—. Y tus razones me convencen. Déjame el lapso de un sol surgiendo y poniéndose en el horizonte para meditar sobre mí mismo, y luego te contestaré si prefiero morir junto a mi compañero o vagar por el desierto hasta que se termine mi aire... Yo no he cometido delito alguno y tengo derecho a una tregua.
—Sí, Aniomán. La tienes. Pero será encerrado en mi casa, de modo que cuando salgas, sea para morir o marchar... ¡Es más prudente! —repuso severo Aen.
Adiorán estaba mientras tanto intentando descifrar una expresión extraña que aparecía en el rostro de Aena, la esposa del venerable anciano. No comprendía qué escondía la mente de la bella mujer, y hubiera dado algo por adivinarlo. Aunque íntimamente, se decía que Aena no pensaba igual que todos aquellos hombres.
Luego tuvo un pensamiento:

—Dime, Aen —preguntó—, ¿qué muerte pensáis darle a mi compañero ? De donde está metido no lo podréis sacar...
Vio Adiorán a la muchacha esconder el rostro contra el pecho de su esposo, y presintió que la muerte destinada a Grund debía ser verdaderamente horrible. Y cuando escuchó las palabras del anciano, sintió nublársele la vista.
—Bien dices, no le podemos hacer salir. Pero mañana nuestros carros y nuestros hombres transportarán vuestro navío hacia un lugar del desierto donde el sol brilla con toda su fuerza y lo arrojarán a un lago... ¡Allí está el mineral en forma líquida, fundido, y cualquier cosa que caiga en él, se funde también por aquella enorme temperatura.
¡Vuestro gran navío desaparecerá dentro del lago engullido por el mineral fundido!

* * *

Otra precaución de Aen, siempre sabio, fue encerrarle dentro de una habitación y quitarle la escafandra. Utilizó el mismo procedimiento que la primera vez para que pudiera respirar, pero no quería que por medio del casco y el radioemisor pudiera avisar a Grund, cosa que haría salir a éste de la astronave, con peligro de nuevas vidas.
La tregua era equivalente a veinticuatro horas del horario tierra-sol, y los «poonas» la habían aceptado.
Adiorán estaba reclinado en el blando almohadón comiendo un pedazo de aquel carbón negro y miraba a los blancos muros con filosofía. Había pedido la tregua para pensar, pero ahora no quería hacerlo, especialmente, pensar en su situación actual. Para evadirse de este pensamiento evocaba su juventud en la tierra, Río de Janeiro y Norteamérica, y todo cuanto de bello y hermoso había habido en su vida anterior.
Pero no pensó en Grund ni un solo momento.
A veces caía en la tentación de pensar en él, pero luego se autodominaba y recrudecía sus ideas con insistencia, para volver al pasado, mucho antes de su llegada a Mercurio, mucho antes, incluso, de su llegada a Marte. Se dijo que su filosofía no había guiado sus pasos en aquel arriesgado viaje a otros mundos. ¡El no podía engañarse ahora!
Había sido un desprecio de mujer. Veía con nitidez casi asombrosa el rostro de Delia, una brasileña hechicera y provocativa. La había amado con tanta pasión que desgarró su corazón y no supo perderla. Ciego, hundido en una filosofía que creía verdadera, huyó lejos, poniendo millones de kilómetros de distancia entre ella y él. Luego, en Marte, deambulando por un paisaje exótico, mirando el cielo rojo y el sol anaranjado, comprendió que había algo superior a las bajas pasiones de los hombres, pero ese algo no estaba a su alcance, le estaba vedado, prohibido. Y cansado de soñar con imposibles, ya

borrada en su mente la obsesión de Delia, porque cinco años hacen mucho bien a los sentimientos, partió hacia Mercurio...
Allí estaba, pronto a morir a causa de la estupidez de un joven medio idiota. ¡Pero esto ya no tenía importancia! Grund era como era, y tal vez era mejor así.
Adiorán habría seguido evocando su pasado, pero el presente le distrajo. Ignoraba el tiempo transcurrido, pero creía estar dentro de aquella habitación hacía mucho tiempo. Y de pronto...
—¡Escucha, Aniomán, soy Aena!
La voz procedía de alguna parte del muro, muro que Adiorán había tanteado antes y no halló la puerta de material osmótico. Ahora, sin embargo, Aena le hablaba desde alguna parte.
—¿Qué sucede, mujer? —preguntó mirando en todas direcciones.
—No deben morir, Aniomán... Yo no quiero que mueras y estoy segura que mis hermanos tampoco. Es preferible que te vayas lejos y tal vez puedas subsistir. He pensado que en tu navío podrías huir de aquí. Puedes repararlo y escapar hacia tu mundo... ¡Pero no te sacrifiques, Aniomán, te lo suplico!
El terrestre habría dado algo por poder ver a la mujer que le hablaba, aunque sabía que esto no podía ser, a menos que dispusiera él de su escafandra, penetrando así dentro de la atmósfera de ella. Pero preguntó emocionado:
—¿Por qué dices esto, Aena? ¿Hablas acaso por boca de tu esposo?
—No, terrestre. Es mi corazón el que habla, porque sufre. Tú no tienes la culpa de lo que ha sucedido a mis hermanos y no debes morir. Si huyes al desierto, los «poonas» no se te acercarán, pero yo haré que recibas alimentos y podrás vivir mientras tengas aire en tus botellas... ¡Hazlo por mí, Aniomán!
—¡No te comprendo, Aena! ¿Para qué quieres prolongar mi agonía? ¿No sabes que igual da morir ahora que después? Haciéndolo ahora tal vez ayude a resignarse a ese desgraciado, sino su suplicio será horrible—. Los argumentos de Adiorán eran sólidos, morir por morir, cuanto antes mejor, para evitar sufrimientos.
—¡Es que yo sufriré mucho, Aniomán...! ¡Oh, me voy, ahí viene Aen...!
Y la voz de Aena desapareció tal como había venido. La revelación hizo parpadear a Adiorán. ¡Pero esto era imposible, absurdo!
Ahora la paz de Adiorán se vio torturada por aquel nuevo sentimiento, por aquella complicación. ¿Era capaz una mujer «poona» de enamorarse de un terrestre? ¡Insólito! ¡Incongruente!
Caminó Sauno a grandes pasos por la estancia, ahora como felino enjaulado, y por más que se estrujó el cerebro, no pudo comprender por qué causa Aena sentía aquel interés por él.
—¡Esta sí que es buena! —se dijo hablando en voz alta.
El nuevo tumulto de sus ideas era tan confuso que apenas podía

entresacar nada razonable. Pensaba en Grund, en Aena, en los hombres muertos, en el anciano y justo Aen, en todo lo que habíase iniciado apenas hacía veinte días y que ya parecía conocer de toda la vida.

Al final, agotado por la tensión y el nerviosismo, se tendió sobre el almohadón y quedó dormido. Pero aun así siguió soñando, evocando en su subconsciente fantásticas pesadillas...

«Había penetrado con Grund dentro del navío espacial. Vio al muchacho acuclillado en un rincón apuntándole con su fusil eléctrico, sus ojos le miraban desorbitados a través del cristal acerado de su escafandra...

«—¡No te acerques, Sauno! —parecía decir Grund dentro del sueño de Adiorán—. ¡No te acerques, porque te mataré!

«No podía evitarlo. Adiorán empuñó la palanca y cerro la escotilla que ignoraba cómo se había abierto.

«—He venido a morir contigo, Grund. ¡Ya no tenemos salvación! Ahora nos levantarán... ¿No sientes como se mueve el suelo?... Están moviendo la nave. Muchos brazos cargarán este vehículo sobre un carro y nos llevarán hacia un lago de mineral fundido... ¡Allí nos dejarán rodar por una pendiente y a los pocos minutos todo se fundirá... y nosotros también !»

Otra escena.

«Un paisaje exótico. La vegetación exuberante crece en torno, sin árboles de coral rojo, flora como la submarina sumergida en un baño constante de aire enrarecido, pero él, Adiorán Sauno, camina por entre los helechos extraños, que parecen tentáculos tendiéndose hacia él como para apresarle. Allá al fondo hay una claridad opalina, azulada, paradisíaca y entre las tupidas frondas de arbustos sin hojas, se entrevé una figura vestida con un largo atuendo azul cielo... ¡Aena! Que le tiende los brazos corriendo hacia él, desgarrándose las ropas en los espinos, en las ventosas de succión de aquellos seres-plantas ávidos de su presa...

«¡Aena... Aena! —grita él, y su voz parece sonar como dentro de un gigantesco embudo cónico, perdiéndose allá arriba en una cúspide invisible, negra y agorera.

«Es como un trueno distante. Se abre el suelo, surge una llama violenta del suelo... ¡Un volcán que se interpone entre Adiorán, entre él, entre yo...! ¡Ya al otro lado, aterrada, cubriéndose el rostro con las manos, en una expresión de desespero, de angustia, la mujer se desploma!

«¡Aena! —grita desesperadamente.

«Pero el fuego la engulle y desaparece de su vista. Un segundo después, se arroja también Adiorán en aquel abismo de rojos matices.»

Sudando, descompuesto por la pesadilla, Adiorán se despertó dando un salto sobre el blando almohadón.
Se pasó la mano por la frente y miró aturdido en derredor...
—¡Qué horror! —dijo respirando entrecortadamente.
Luego, paulatinamente, se fue serenando y terminó por levantarse y ponerse a pasear por la blanca estancia.
Un momento después, cuando todavía no había podido evadirse del todo de la reciente pesadilla, sintió la voz de Aen que decía:
—¡Toma, Aniomán, coge tu escafandra y sal! El consejo de ancianos de todos los pueblos de Pal está esperándote.
Se volvió Adiorán y vio atravesar el muro su escafandra de vacío.
La cogió de manos del anciano y se la puso. Un instante después se descorría parte de la entrada y vio Adiorán a Aen indicándole que saliera. Su mirada buscó ansiosa la figura de Aena, pero no la vio por ninguna parte. Tampoco se atrevió a preguntar por ella.
¿Le había sucedido algo a la muchacha?

CAPÍTULO VII

El instinto animal de Grund surgió a su tosca superficie. Ahora sentíase fiera, pero fiera acorralada, encerrada en un limitado espacio, sintiendo la muerte rondar fuera. Había mirado por el trasluz sobre el control de mandos y vio las lejanas figuras de los «poonas» formando un gran círculo. Sabía que le rodeaban por todas partes, pero no les veía empuñar armas.
¡Grund era joven, pero como un cachorro de león, tenía apego a su vida! Se decía que tal vez Adiorán no había obrado con nobleza al decirle que aquél era su único refugio. ¿No sería aquella su tumba?
Tentado estuvo de empuñar varias armas eléctricas y salir a plantar batalla a los hombres que le rodeaban, pero su valor se eclipsó al empuñar la palanca. Tal vez cayeran sobre él como fieras sin darle tiempo de disparar. Su terror fue acrecentándose paulatinamente y poco después temblaba como un saco de gelatina.
Sabía que en la proa del cohete había aplicado un pequeño cañón que lanzaba granadas atómicas, pero no estaba en condiciones de hacerlo servir. Primero porque la proa del navío apuntaba al suelo, hacia el cráter donde se habían estrellado, y segundo, porque tal vez había quedado obstruido a causa del impacto. Por esta razón, dispararlo era suicida, porque la granada podría desintegrar el cohete.
Y salir fuera a disparar las otras armas no se atrevía.
De este modo fueron pasando las horas. Intentó llamar a Adiorán, pero inútilmente. El brasileño no contestaba a sus reiteradas llamadas e ignoraba qué podría haberle sucedido. La última vez que le escuchó creyó percibir profunda tristeza en su voz, desaliento en sus palabras.
¿Habrían, acaso aquellos seres, cogido a su compañero y le habrían matado en represalias por su hazaña?

Grund estaba dispuesto a sentirlo, pero su vida todavía estaba en juego y él lucharía hasta el postrer momento por su vida. Se lo juró mirando furioso hacia el círculo de «poonas».
El cielo era ya crepúsculo. Habían pasado algunas horas desde la terrible persecución y Grund se había recobrado de su agitada carrera. Estaba, incluso, dispuesto a pensar y analizar la situación detenidamente, con toda su capacidad, pero al mirar hacia los inmóviles hombres que le rodeaban, sentíase indefenso. ¡Jamás abriría la escotilla, aunque le hicieran volar por los aires dentro de la nave!
Pasó otro día, surgió el sol y se volvió a poner. En el intervalo, Grund comió asomado al tragaluz, procurando mirar hacia los lados, cuanto le fue posible. La carne en conserva se le atragantaba en la garganta, y las galletas parecían serrín al deshacerse en su boca. No obstante se mantuvo en su puesto.
Y fue durante la segunda noche, cuando ocurrió algo singular. Tenía sueño y no quería dormirse; debía vigilar que nadie se acercase al navío, puesto que ignoraba lo que podría ocurrirle. Así se mantenía vigilante, empuñando el rifle eléctrico y mirando fijo hacia las figuras inmóviles de los hombres.
Mas de pronto alguien se interpuso en su visión ¡Alguien que surgió de un lado y que examinaba con curiosidad la astronave! Vio claramente Grund la figura de aquella mujer a menos de cinco metros. Y ella también le vio a él, al otro lado del parabrisas de cristal.
—¡Demonios! —exclamó Grund— ¿Quién es ése?
Puesto que vestida, no se diferenciaba en nada Aena de los otros «poonas», Grund la tomó por un aborigen más. Pero muy arriesgado debía ser, puesto que se atrevía a acercarse tanto.
Y Aena se acercó aún más. Su mano estaba levantada en el gesto de saludo amistoso que aprendió de Adiorán, y la otra mano la llevaba oculta a la espalda, quizá sosteniendo alguna cosa.
Grund no podía hacer nada por evitar su aproximación. El rifle eléctrico no podía disparar a través del grueso cristal acerado, pero esto lo ignoraba Aena, quien seguía aproximándose.
Y tan cerca se situó, que Grund vio sus facciones con tanta nitidez como podía ver la palma de su mano. Y al momento, Aena levantó la otra mano y mostró a Grund el bloc de notas que se había quedado, propiedad de Adiorán.
Más allá de Aena, los «poonas» ni se habían movido del sitio.
—¡Ese bloc es el de Adiorán! ¿Pero qué pretende decirme? ¿No será una trampa que intenta tenderme? ¡Como sea así, me parece que las va a pasar mal!
A Grund se le ocurrió que aquel ser pretendía hablar con él o mostrarle algo que había escrito Adiorán en el papel. Pensó abrir la

escotilla y hacer entrar a la mujer, en el peor de los casos podía servirle de rehén. Pero aquel ser no podría respirar la atmósfera interior de la nave espacial. Si salía y la hacía entrar moriría acto seguido. No obstante, la idea de contar con un rehén dentro del navío, cuyo destino ignoraba cuál podrían darle, le entusiasmó.
Así que, mirando a Aena fijamente, empezó a ponerse el casco escafandra y cuando estuvo preparado, empujó la palanca abriendo la escotilla. Cuando estuvo abierta lanzó por el agujero varias latas de conserva vacías, para indicar a Aena por dónde podía entrar, pero con ambas manos empuñó el rifle.
Aena no entró de momento. La misión que le traía allí era muy especial, delicada y complicada a la vez, puesto que obraba por cuenta propia y dispuesta a salvar a Adiorán, convenciendo a Grund de que debía morir él solo, puesto que él era quien cometió el delito. Confiaba hacerse entender de Grund, como se había hecho entender con Adiorán.
Su presencia junto a la espacionave la justificó delante de los «poonas» que vigilaban diciendo que su venerable esposo le había encargado convencer a Grund de su entrega sin resistencia. Tal vez de este modo pudiera evitar su muerte, logrando perdonarle por ignorancia, eximiendo éste al delito cometido. Sabía Aena, que existían pocas posibilidades de que esto tuviera buen fin, puesto que Grund, de todos modos, sería castigado a trabajo en las minas de oro, sujeto con una gran cadena a un muro, de donde sólo podría escapar el día que se agotaran sus existencias de aire. Pero así prolongaba también la vida de Adiorán... ¡Y esto lo hacía ignorando si le quería o no, ignorando si era posible ser buena con aquel hombre de otro mundo que le habló del suyo con tanto desprecio! ¡ignorando incluso, que Adiorán no quería vivir!
El objeto brillante salió dando vueltas por debajo del cohete y Aena se lo quedó mirando extrañada. Después vio salir otro objeto parecido y se acercó. Ya había descubierto antes la zanja excavada en el suelo, pero ahora comprendió que por allí se entraba en el extraño navío sideral.
Detrás de ella, Lenfa gritó algo que no percibió muy bien. Parecía un aviso que Aena no estaba dispuesta a escuchar. Y desoyendo la voz se agachó para arrastrarse y penetrar dentro del navío.
Unos segundos después se encontró dentro, frente a Grund, que la miraba por encima del cañón de su rifle.

* * *

Adiorán salió a la explanada que había junto al muro de las viviendas y se acercó, siempre seguido de Aen, al gran círculo de ancianos.
Le estaban esperando para oírle expresar lo que había elegido y cuál era el camino que se había propuesto seguir. Adiorán hubiese

preferido ver allí a Aena, porque su decisión iba a estar afectada por las súplicas de la mujer la noche antes. Pero no viéndola por ninguna parte, se dijo que no sabia qué decir.
Todos los rostros se volvieron hacia él. Aen, a su lado y de pie, habló primero:
—Ha transcurrido el plazo concedido. ¿Qué has decidido?
Adiorán miró a todos los hombres, uno por uno y por fin dijo:
—No lo sé, venerables ancianos. No me asusta morir, pero tampoco me asusta seguir viviendo.
—¿Quieres decir acaso que prefieres ser desterrado de aquí? —preguntó uno de los ancianos.
Puesto en aquel camino y recordando a Aena y su promesa de ayuda, Adiorán se decidió bien pronto:
—Sí, pero no penséis que soy cobarde... —dijo torpemente, sabiendo que aquellos hombres no le creerían.
Nadie habló durante un buen rato. Entre ellos se miraron en silencio, pensativos y Aen retrocedió algunos pasos, para reflexionar. La verdad que todos preferían para tranquilizar sus conciencias que Adiorán hubiese elegido la muerte junto con su compañero. Ahora se veían cogidos por su justicia y equidad, puesto que Adiorán no había hecho nada para merecer aquel castigo.
Al fin tomó la palabra Aen:
—Está bien, Aniomán. Te irás ahora mismo. Y ya lo sabes... ¡jamás intentarás acercarte a un poblado «poona», como nadie de nuestros hermanos se te acercará a ti! Adiós, Anioman, que tengas suerte...
Sin embargo, Adiorán no se alejó. En aquel momento unos diez «poonas» venían corriendo desde la montaña de sílice cristalino que tenían delante. Todos comprendieron que una nueva calamidad venía a sumarse a las muchas ya existentes, porque los hombres gritaban:
—¡Aena... Aena, Aena...!
Con tal impresionante acento que todos se sobrecogieron.
Adiorán pudo oir las mismas noticias que los ancianos. ¡Aena estaba en poder del hombre de la Tierra, el asesino de «poonas» dentro del gran tubo de metal brillante!
¿Cómo había penetrado Aena allí dentro? Según dedujo Adiorán fue ella misma, al llevar a Grund un mensaje que Aen decía no haber ordenado, incluso ignoraba dónde estaba Aena.
—¡El cielo nos castiga! —se lamentó Aen—. Los hombres de la Tierra nos han traído su maldición... ¡Pero Aena morirá allí dentro por no haberme consultado antes de tomar esta decisión estúpida!
—¡Yo puedo salvarla! —grito Adiorán acercándose al anciano.
—No —respondió éste—. Tu camino está trazado, nosotros cumpliremos nuestro acuerdo, pero tú tienes que cumplir el tuyo, de lo contrario, serás considerado también como tu compañero y entonces

cambiaremos nuestra decisión ¡Vete!
—¡Pero escucha, Aen...!
Los ancianos se levantaron alejándose de Adiorán.

* * *

Ahora el volcán rugía dentro de Adiorán. En parte sí y en parte no, creía saber el motivo del porqué Aena había dado aquel paso. Algo tenía relación con él, Adiorán Sauno, y Grund tal vez no supiera, como era habitual en él, dónde estaba el lado bueno de aquella acción.
Pero la orden de Aen era tajante: ¡Adiorán debía marchar en aquel mismo instante del poblado, lejos de los pueblos de los «poonas» ¡Mientras que Grund debía morir al día siguiente, tanto si estaba con él Aena como si no. La astronave sería conducida al lago humeante.
Uno de los hombres que rodeaban a Adiorán le indicó que echase a andar.
—Te veremos alejar, Aniomán —le dijo— y como no sigas el camino marcado, nuestra venganza te aplastará. Vete.
Adiorán se dijo que de momento convenía obedecer. El no quería desatar más violencias y más guerras. Se sentía tratado injustamente, pero, incluso, el castigo era justo.
Sus pasos le encaminaron hacia la montaña pétrea. Se dijo si aquellos hombres conocerían el camino por la caverna en el interior de la montaña. Pero como nadie le había prohibido dirigirse allí, en cuanto descendió el declive, en vez de tomar el sendero de la antigua mina abandonada, dejándose llevar por un súbito impulso, corrió hacia la entrada de la caverna. En pocos momentos se encontraba corriendo por el interior de la luminosa y mal construida cueva.
Había pensado que por aquel camino llegaría rápidamente hasta donde estaba la astronave con Grund y Aena. Los «poonas» corrían mucho, pero dentro de aquel pasadizo, les atajaba en más de una cuarta parte y su presencia tal vez pudiera salvar a Aena... ¡Después ya no le importaba su suerte! Día tras día, sus botellas de aire iban descargándose, así que, morir por morir... ¡Salvar a Aena era también una causa justa y entraba dentro de su concepto neo-filosófico!
Corrió vertiginosamente por dentro de la caverna cuyo camino conocía, por haberlo efectuado en compañía de Daro, ya fallecido, y Lenfa, y su único temor se disipó cuando llegó a la gran brecha abierta por el terremoto. Pensaba que no podría pasar, por haber quedado aquel trozo obstruido, pero aunque así era en gran parte, los peñascos amontonados dejaron un reducido paso a su cuerpo y se deslizó por él como un lagarto. Al otro lado, en la anchura de la caverna cubierta de estalactitas, saltó con agilidad y poco después alcanzaba el lugar donde la chimenea ascendía recta saliendo hacia la meseta de piedra cristalina.
Sólo tuvo que ponerse debajo, como viera hacer a Daro, flexionar las

piernas y saltar. El hidrógeno acumulado dentro de la cueva, surgiendo constantemente con fuerza por la chimenea hizo el resto, y como un metoro, salió a la superficie más velozmente que impulsado por un moderno ascensor. Una vez arriba, donde la presión sustentadora del gas era inferior, se sujetó al muro y salió a la superficie ileso.
Lanzó un suspiro, porque de aquel modo acortaba gran parte del camino y ahora sólo tenía que descender y correr hacia donde estaba la astronave, y emprendió veloz carrera.
El descenso de la meseta lo efectuó por el lugar exacto que subió con Basser semanas atrás. Volando más que corriendo, siempre hacia abajo no sentía la fatiga y dentro de unos momentos se encontraría en la hendidura que corría por bajo de la colina donde estaban Grund y Aena.
Media hora escasa después llegó a la torrentera de lava petrificada. Se dio cuenta que algo había variado el paisaje a causa del terremoto, pero él sorteó los obstáculos y subió velozmente.
Al remontar la cúspide se cercioró del gran círculo de «poonas» que rodeaban al cohete espacial. Pero éste no estaba en el mismo sitio de siempre, sino varios centenares de metros más abajo. ¡E iba sobre varias grandes carretas que arrastraban múltiples hombres!
¿Demasiado tarde? ¿Cómo habían conseguido los «poonas» colocar el cohete espacial con sus cincuenta toneladas de peso sobre las carretas? Estas y muchas preguntas más no tuvo tiempo de decírselas Adiorán. Estaba seguro que Aena iba dentro de la espacio-nave, por una razón muy importante. Vio algunos cadáveres de «poonas» diseminados por el suelo donde había estado desde el primer día la espacio-nave, y ésta, transportada de aquel modo, mostraba la escotilla entreabierta ahora enfocada hacia el cielo, lo que demostraba que si Aena estaba en su interior, seguía respirando su atmósfera y Grund estaría dentro de su escafandra.
Y todavía vio más cosas Adiorán. Junto al cráter donde se estrellaron en el aterrizaje, aparte de los diez o doce cadáveres de «poonas» había una tosca cruz formada por un rifle y un tubo, sujeto con alambre de aluminio.
Vio Adiorán que era un rifle antiguo de balas explosivas y al manejar el cerrojo lo encontró cargado y en perfecto estado de funcionamiento. Grund lo había utilizado para confeccionar la cruz sobre la tumba de Gilbert y los «poonas» lo habían respetado ignorando de qué se trataba.
Empuñándolo con ambas manos, se lanzó ladera abajo, en seguimiento de la comitiva.

* * *

Aena se dio cuenta rápidamente que el joven alemán no era, ni mucho

menos como Adiorán. El rostro juvenil mostraba una mueca cruel, mezcla de idiotismo y salvaje furor, y aunque no pudo oír sus palabras creyó adivinar que había perdido el tiempo. Incluso que podía perder la vida también por haber entrado en la nave de los terrestres.
Habló todo lo alto que pudo. Empleó algunos vocablos aprendidos de Adiorán, pero todo inútil Grund no la comprendía ni la oía siquiera. El bloc de Adiorán con todos sus grafismos, tampoco sirvió para nada; Grund lo examinó, esperando leer algún mensaje del brasileño, pero viendo sólo extrañas figuras, terminó por arrojarlo al suelo.
—¿Qué querrá ésta? —se decía Grund una y mil veces.
Aena se cansó al fin de su inútil esfuerzo e hizo ademán de salir por la escotilla. Entonces actuó velozmente Grund. No quiso disparar allí dentro porque ignoraba las consecuencias de un disparo de alto voltaje en la cabina metálica casi cerrada, pero el cañón del rifle se abatió sobre la cabeza encapuchada de Aena, que se desplomó sin conocimiento.
Al examinarla detenidamente hizo dos descubrimientos: ¡Que Aena era una mujer y que no estaba muerta, sino desvanecida! Pero el primer descubrimiento lo dejó bastante confundido. ¿Así, pues, las mujeres y los hombres de Mercurio vestían casi del mismo modo? ¡Pero diablos, aquella era una mujer bonita! Hizo este descubrimiento sin llegar a descubrir todo el cuerpo de la muchacha. Obsesionado por aquella manía estúpida de buscar documentos, había intentado buscar entre las ropas algo para averiguar quién era la mujer...
—¡Por los condenados infiernos! —gritó— ¡Esto es una mu...!
No pudo seguir. En aquel momento el navío se movió y Grund perdió el equilibrio. Su primer paso fue sujetarse a algo para no caer, soltando el rifle. Lo hizo precisamente en la palanca que cerraba la escotilla, y los engranajes se pusieron a funcionar. Cuando quiso darse cuenta, el rifle había quedado aprisionado en el intersticio de la compuerta y los engranajes cesaron de funcionar, sin haberse cerrado del todo.
Grund no pudo retirar el rifle, pero sí correr a coger otro del armero, que empuñó con mano firme. Acto seguido se asomó al tragaluz y el asombro le dejó sin habla. ¡Había cientos de hombres «poonas» alrededor de la espacionave y muchos brazos se tendían hacia el casco acerado, levantándolo en vilo!
—¡Dios mío, qué fuerza tienen estos hombres! ¡Haría falta medio millón de hombres de la tierra para levantar este navío, y por los que veo y los que no veo, aquí no habrá ni mil. Y lo levantan como si fuera una pluma!
Decidido, no obstante, a dificultar en todo aquella maniobra, asomó rápidamente el rifle por el intersticio de la escotilla y efectuó varias descargas. Grund estaba ya acostumbrado a ver caer hombres, e

incluso el entretenimiento le agradaba.
Pero aunque cayeron algunos «poonas», pronto descubrieron éstos de dónde procedían los disparos. El movimiento conjunto de todos aquellos vigorosos brazos, fue volver la nave, de forma que la escotilla, apuntando al cielo, les esquivaba de los disparos furiosos de Grund. Un momento después, revolviéndose loco de ira dentro de la cabina, sin poder disparar nada más que al aire, veía Grund cómo le depositaban, con navío y todo sobre las tres enormes carretas. Y poco más tarde sintió trepidar el suelo al deslizarse sobre el desigual terreno.
Veía a los «poonas» conduciendo las carretas y todos los rostros le miraban de un modo grave.
—¿Dónde me llevarán ahora esta gente? —se decía Grund perplejo.
Estaba pensando abrir otra vez la compuerta y asomarse, desde donde podría hacer una masacre entre los «poonas», pero era difícil subirse al techo, sin disponer de un mal objeto. No hacía caso a Aena que había rodado por el suelo, y estaba ahora recobrándose bajo el control de mandos y le miraba con expresión aturdida.
Porque fue sorpresa en Aena recobrarse y ver que todavía seguía viviendo. Vio a Grund ir de un lado para otro buscando algo para subirse a la escotilla y tembló por los «poonas» si aquel loco podía conseguir su propósito, puesto que desde arriba de la nave, que sentía era trasladada sobre carretas, la muerte de sus semejantes sería más efectiva.
Y sin pensarlo dos veces se levantó y se abalanzó sobre Grund. El ataque sorprendió al alemán, que se revolvió como una sierpe. Pero Aena llevaba otra intención más funesta y como conocía el funcionamiento del equipo de vacío de Grund, su primera acción fue cerrarle el paso de una de las botellas que llevaba Grund a la espalda. Era una espita niquelada que suministraba el regulador de oxígeno, de modo que la mezcla de las cuatro botellas se efectuó a partir de aquel momento sin el precioso y vital elemento.
No podía matar instantáneamente a Grund, pero sí aturdirle para irle envenenando poco a poco. Y esto le enfureció. Golpeó con saña a Aena en el rostro con la culata del rifle y se desprendió de ella.
De buena gana la habría matado con un disparo de alto voltaje, pero el temor le contuvo.
Cuando Aena cayó, sintió él los primeros síntomas de mareo, de asfixia, y no supo a qué atribuirlo. Instintivamente miró la escotilla del techo y creyó, aturdido como estaba, que allí encontraría su salvación. De un salto se agarró a la palanca y los engranajes se pusieron a funcionar otra vez, a la inversa, abriendo el paso de salida. La cabeza le daba vueltas, la vista se le nublaba, pero haciendo un sobrehumano esfuerzo logró asomarse.

Perneando en el vacío se afianzó en la abierta escotilla y miró fuera. El grupo compacto de «poonas» que rodeaba la astronave también le vieron y la desbandada fue general. Grund disparó varias veces a mansalva y varios «poonas» sucumbieron electrocutados de un modo fulminante.
Pero en aquel mismo momento intervino Adiorán, que corría en pos de las carretas que arrastraban el navío espacial inútil. Al ver asomar a Grund sintió arder su sangre, y más cuando presenció sus disparos a quemarropa sobre los indefensos «poonas».
Llevándose el rifle a la cara, apuntó cuidadosamente a través de la mira telescópica, y pese a que las carretas seguían descendiendo la pendiente, solas ahora, y el blanco era movible, el disparo de Adiorán dio de lleno en la aturdida cabeza de Grund.
La muerte, no obstante, ya corroía aquel pobre cuerpo, falto de oxígeno y el certero disparo de Adiorán no hizo más que rematar piadosamente una agonía horrible.
Grund abrió los brazos y cayó dentro de la cabina del navío. Pero no había terminado todo con morir Grund, y de esto se dio cuenta inmediatamente Adiorán, sabiendo que Aena estaba dentro del navío terrestre. ¡Porque las carretas, cada vez más aceleradamente, se deslizaban hacia un precipicio no más distante de un kilómetro!.
¡Y si Aena caía por aquel precipicio dentro de la nave sideral, sino estaba muerta ya, su muerte sería segura!

CAPÍTULO VIII

Después de efectuar el disparo que mató a Grund, un grupo de «poonas» comieron a rodear a Adiorán. Entre ellos estaba Lenfa, agitado de un extraño nerviosismo, y sus palabras precipitadas apenas fueron audibles y comprensibles de Adiorán:
—¡Allí dentro está Aena, Aniomán! Nos engañó penetrando no sabemos con qué fin, pero hemos visto que has matado a tu compañero y yo desobedezco las órdenes de Aen... ¡El quería que Aena muriese junto con tu amigo, dentro del navío terrestre! Ahora, muerto él, hay que salvarla...
—¿Y qué hacemos aquí parados? —preguntó ansiosamente Adiorán.
—Nosotros no sabemos cómo detener la caída de los carros. Allá abajo está el precipicio y luego viene el gran lago hirviente. Si cae Aena allí dentro...
Adiorán no quiso oír más, arrojando el rifle, corrió como no lo había hecho en su vida. Un volcán de pensamientos aturdía su mente, pero sus ojos miraban aterrados el creciente ritmo de las ruedas de las carretas girando por la pendiente. El navío se bamboleaba sobre ellas, amenazando volcarse»
Puso el brasileño toda su energía en las piernas y comprendió que ganaba terreno, porque la pendiente le favorecía. Detrás de él corrían

los «poonas» alocadamente lanzando extraños gritos. Adiorán estaba dispuesto a vencer en la carrera y sus saltos se acentuaban progresivamente.
El trepidante y rústico tren que transportaba el navío de los terrícolas estaba ya a poca distancia de Adiorán. Ahora venía lo más difícil, que era subirse a él, por su lisa superficie, penetrar dentro, rescatar a Aena y salir con ella fuera... ¡Demasiadas cosas, comprendía Adiorán, para efectuarlas en el breve intervalo que faltaba para el borde del precipicio!
Pero la furia le dio nuevos bríos, su angustia de ver precipitarse a Aena en el lago hirviente le hizo sacar fuerzas a su flaqueza y alcanzó al fin las carretas. Vio con asombro que su carrera había aventajado incluso a los rápidos «poonas». ¡Y saltó!
Pero aunque la escasa gravedad de Mercurio facilitó su salto, sólo pudo rozar apenas la escotilla abierta. El navío lanzado a una veloz carrera, trepidando sobre las carretas, se le escapó de las manos y Adiorán cayó al suelo, torciéndose un tobillo.
—¡Maldito sea...! —gritó incorporándose.
¡Ya no tenía tiempo! Aunque pudiera alcanzar la escotilla la distancia al precipicio era tan corta que no podría salir. No obstante, Adiorán estaba obsesionado, y si era preciso, moriría dentro, haciendo compañía a Aena.
De nuevo corrió, y de nuevo saltó, ahora sintiendo un vivísimo dolor recorrerle toda la pierna, como martilleándole acto seguido todo el cuerpo, en especial el cerebro, a causa del lacerante dolor. ¡Pero saltó y cogió la escotilla!
El navío se bamboleó a causa de un bache que encontraron las carretas, luego sufrieron una distorsión, porque la delantera perdió una rueda, y las demás se lanzaron en confuso desorden hacia el abismo.
En el mismo y fugaz instante de caer dentro de la cabina, Adiorán vio saltar el cohete al vacío y vio allá abajo, muy profundo, un inmenso mar hirviente.
—¡Dios mío, ilumíname... o perdóname!
El cuerpo de Adiorán rebotó contra el tablero de control en el mismo instante que el cohete espacial se precipitaba en el vacío...

* * *

La muerte era irremisible. Por esta causa, cuando el hombre comprende que el fin se acerca, que el fin está ahí, acechando tras el camino sombrío que es la vida artera y llena de peligros, su más sana intención es volver los ojos hacia aquel que cree haber ofendido y pedirle el supremo perdón, implorar, porque hasta allí, como hombre, ha sabido ir solo por el mundo, incluso por el Universo.
¡Por el más allá el hombre no sabe ir solo! ¡Por esto suplica!

¿Y quién sabe? ¡Tal vez el destino no era morir ahora, aunque el único superviviente de la expedición terrestre, en el último y desesperado intento de favorecer la causa de la justicia y de la abnegación, demostrando a aquellas gentes que su raza no era mala, y que podía redimirse obrando bien al fin, había actuado de un modo desinteresado, heroico!
Otra pregunta, ¿cuánto tiempo necesitaba el hombre acosado en pensar en una cosa? ¿Y cuánto en no pensar en nada? Respuesta que tal vez un día pudiera contestar alguien, puesto que Adiorán tenía muy pocas posibilidades de hacerlo, principalmente ahora que el cohete espacial descendía con su peso de más de cincuenta toneladas, desde una altura de dos o tres mil metros... ¿Segundos, acaso?
¡Estos fueron precisamente los que dieron la solución a Adiorán! Solución desesperada, suicida, loca, pero única solución.
Su mano se movió vertiginosa hacia el contacto de los reactores, su brazo se distendió atrayendo hacia sí la palanca salvadora. ¿Si aquellos motores que se negaron a funcionar días atrás sin que supieran la causa, se ponían en marcha?...
El estampido dejó aturdido a Adiorán. Fue una explosión abierta, que retumbó contra sus oídos como la descarga de cien mil cañones, dejándolo sordo, fue una sacudida tan brutal que le lanzó al fondo de la cabina, confundido entre el cuerpo de Aena, que tenía las ropas desgarradas, y el cadáver de Grund.
¡Pero el cohete funcionó milagrosamente! Y trazó un círculo en su caída remontándose al cielo como un pájaro fantástico.
Adiorán apenas daba crédito a lo que estaba viendo. Por un instante la pavorosa superficie del lago hirviente que había visto precipitarse hacia él a velocidad meteórica, desapareció de su vista y el cielo iluminado por el sol ocupó su lugar... ¡Salvados!
—¡Gracias, Dios mío! —logró murmurar.
Luego notó la potente fuerza del aire golpeándole, que penetraba en sesgo por la abierta escotilla. No era aire precisamente, sino hidrógeno, comprimido dentro de la cabina por la fantástica velocidad del bólido. Pero ni Adiorán podía cerrarla, por causa de Aena, ni podía permitir que el cohete se alejara al espacio abierto.
Y su paso, sujetándose al muro y a cuantos asideros halló a su favor, fue dirigido al control de mando. Allí estabilizó el vuelo, maniobrando el dial y cerró velozmente el paso de fluido atómico a los reactores. La velocidad decreció instantáneamente.
Ahora pudo maniobrar en descenso de «golondrina», buscando en aquel mundo estéril un lugar adecuado para el aterrizaje, y lo halló en un vasto desierto de arena calcinado por el sol.
Segundos antes de tocar el suelo disparó los cohetes auxiliares de

retroceso, como había visto hacer a Gilbert en múltiples ocasiones para desviarse de una órbita falsa y el cohete se posó sobre la arena a velocidad inferior a la de un avión antiguo.
No obstante, quedó sepultado en la arena de un modo casi completo.
El golpe fue, sin embargo, lo bastante rudo como para lanzar a Adiorán contra el tablero y aturdirle momentáneamente. Allí quedó, respirando fatigosamente a causa de la carrera y de la tensión reprimida durante los breves segundos que duró el vuelo fantástico, sin pensar en nada, borrándosele todo de la mente...
Así pasaron unos minutos, hasta que una mano perteneciente a un brazo desnudo se posó en su hombro y le obligó a volver el rostro.
Aena le miraba con expresión indefinida, incomprensible para él, puesto que no todas las expresiones de los «poonas» habían sido interpretadas delante de él.
¡Y aquélla debía ser muy íntima, tal vez surgiendo del corazón de Aena!
—¿Qué ha sucedido, Aniomán? —preguntó ella con voz dulce.
—Nada... Vi la muerte a poca distancia.
—Yo también la vi, Aniomán. Lo vi todo... ¿Sabes decirme dónde estamos? —preguntó ella.
—Hemos caído sobra un gran desierto de arena, en el lado iluminado de Pal, Aena. Espero que podamos salir... Ves toda esa arena que ha penetrado por la puerta, significa que hemos quedado enterrados en vida.
—Saldremos, Aniomán. Gracias a ti podremos conseguirlo todo.... ¿Si hemos salvado el lago hirviente estando ya precipitados a él, por qué no hemos de salir de aquí?
En efecto, librarse de la tumba de arena fue mucho más fácil para la pareja que librarse de las profundidades del lago de mineral fundido. Adiorán no tardó media hora en abrirse camino entre la arena y salir a la superficie, seguido de Aena.
Al principio el sol le cegó porque irradiaba con gran fuerza, pero pronto se habituó a la intensa luz reinante y se acercó a Aena que estaba recostada contra el alerón de popa del cohete espacial, apenas saliendo un metro de la arena revuelta.
—¿Y ahora qué hacemos, Aena? —preguntó mirándola fijamente a los ojos.
—¿Qué quieres que yo te diga, Aniomán?
—¡Bueno, en el peor de los casos, ahí dentro tenemos vivienda y comida! Yo he probado tus alimentos, prueba tú ahora los míos a ver si te gustan.

* * *

Comer y beber delante de un cadáver encogido resultaba a Adiorán bastante macabro, y sin hacer ningún comentario a la expresión de

Aena, arrastró a Grund hacia fuera y cavó una fosa a cierta distancia del cohete. Allí depositó a su ex compañero y causante de todos sus males últimos. Le rezó unas palabras sentidas, entre las que el perdón por todas sus malas obras figuró en primer lugar. Luego le prometió reivindicar honorablemente su nombre en caso de volver algún día a la Tierra, esperando conseguir alguna pensión para sus familiares y le impuso como cruz dos rifles eléctricos cruzados.

—¡A su modo también era un héroe! —musitó Adiorán al alejarse.

Durante el resto del día estuvo triste. Estaba sentado en el suelo de la cabina y Aena le miraba con profundos ojos. Ninguno de los dos osaba pronunciar palabra, pero sus pensamientos eran comunes, estaban ocupados por los mismos pensamientos.

Adiorán se decía que Aena pertenecía a otro hombre y a otra raza. El no podía romper ninguna de estas leyes sagradas. Lo más que podía era tenerla delante, verla, puesto que su destino era aquel desierto perdido.

Y en esto pensaba también Aena. Pues dijo:

—Estaré aquí contigo, Aniomán, hasta el último momento. Háblame de tu pueblo, de tu mundo, de tus gentes... ¿Tenías mujer en tu tierra, Aniomán?

Ella estaba sentada frente a él. Había comido alimentos fabricados en los Estados Unidos de América, había bebido cerveza, leche y probado la miel y la mermelada. Incluso fumó un poco del cigarrillo que Adiorán le dio, y a la sazón, miraba de un modo al brasileño que éste sentía una extraña desazón.

Pero le habló de la Tierra y ella le escuchó. Así estuvo durante varios días, hablando, hablando, siempre buscando nuevos temas, nuevas cosas para saciar la voraz curiosidad de Aena. Era infatigable, pero si quedaba dormido, al despertar, encontraba a Aena despierta como si no hubiese dormido, y seguía hablando, hablando... ¡Siempre de la Tierra!

Al fin agotó el tema y los sentimientos se encontraron. El estaba de pie fuera, sobre el desierto mirando en todas direcciones, cuando de repente vio allá lejos unos puntos oscuros que se movían sobre la arena.

Precipitadamente acudió junto a la zanja que habían practicado para entrar y salir del cohete v gritó:

—¡Aena, sube, ven pronto! ¡He visto a tus hermanos!

Tentado estuvo de saltar de alegría. Pero no estaba muy alegre, sin embargo, cuando se puso a saltar agitando los brazos como aspas de molino para llamar la atención de aquellos seres que sin duda le estarían buscando.

Y en estas manifestaciones, se dio cuenta que Aena no había acudido a su llamada. Sorprendido se volvió y descendió al interior del cohete.

Su asombro fue superlativo cuando vio a Aena apoyada sobre el inclinado armario armero llorando. ¡Pero llorando como podía hacerlo una jovencita en la Tierra! Puesto que las lágrimas brotaban de sus ojos a raudales.
Adiorán, compadecido, levantó aquella linda cabeza. La capucha había caído hacia atrás y mostraba el perfecto cráneo de Aena afeitado, liso y brillante, con la serena majestad y belleza de una estatua.
—¿Qué te pasa, pequeña? —preguntó.
Y ella, impulsiva, echó sus brazos al cuello de Adiorán, diciendo:
—¡No quiero irme, Aniomán! ¡No quiero! Quiero estar aquí contigo, para morir cuando tú mueras... ¡No me dejes ir! ¡Te lo suplico!
La verdad era incontestable: ¡Aena se había enamorado de Adiorán como una terrestre! Y el descubrimiento que hacía días había sospechado Adiorán le dejó profundamente pensativo...
¡No, no podía ser! El no haría esto, él era Adiorán Sauno, neo-filósofo, y su moral y ecuanimidad estaba por encima de una mujer enamorada... ¡Y más perteneciendo ella a otra raza, a otro mundo! ¡Y más estando él destinado a una muerte próxima!
No quiso ni pensar. Se desprendió del abrazo de Aena y salió lentamente de la cabina, saliendo a la superficie. Los sollozos de la muchacha llegaban hasta él, hiriéndole en lo más profundo de su alma.
Cuando miró en la dirección donde vio a los hombres «poonas» se dio cuenta que le habían descubierto, puesto que ahora corrían hacia él dando grandes saltos.
Pocos instantes después Lenfa, seguido de diez o doce hombres más, llegó hasta él.
De un modo casi impulsivo el explorador «poona» saludó a Adiorán a su modo, cogiéndole ambas manos y llevándoselas a sus mejillas. Así pretendía demostrar al terrestre la profunda alegría que sentía al verle otra vez vivo. Y luego le preguntó:
—¿Se salvó Aena?
No hubo necesidad de respuesta. En la zanja había aparecido la aludida y mostraba el porte de una princesa. Tenía el rostro altivo, la mirada fija en sus semejantes y ni un momento miró a Adiorán.
—Sí, Lenfa. Se salvó Aena, gracias a este terrestre... —su voz pareció perder cierta altivez, pero agregó—: Aniomán ha sabido respetar a la mujer de otro... ¡Ya podemos irnos!
Adiorán no salía de su asombro. Aquel cambio efectuado en Aena le dejó aturdido. ¿Pero... no era poco antes una mujercita deshecha en lágrimas? ¿Qué voluntad, qué decisión habíala hecho cambiar de aquel modo en pocos minutos?
¡Y lo más sorprendente es que se alejó caminando como una reina, en

la dirección que habían venido los «poonas»!
¡El inmenso sol incandescente seguía azotando el desierto con implacable ardor!

* * *

—¡Vendré a verte, Aniomán! —le había dicho Lenfa antes de alejarse —. Conseguiré de Aen que perdone tu castigo y te permita volver a nuestras ciudades... Tu destierro es injusto. ¡No te preocupes, Aniomán amigo de Lenfa!»
Y Adiorán no pudo resistir ver alejarse a Aena. Le hería lo más hondo de su corazón la brusca despedida, fría, despectiva, ultrajante. Pero poco después, cuando penetró en la cabina del cohete para no lacerarse más viéndola alejarse sin volver siguiera el rostro, se dijo que tal vez fuese mejor así... ¡Ella había querido zaherirle, puesto que sabía lo cerca que estuvo de sucumbir!
—¡Seguro que lo habría hecho! —se dijo Adiorán—. Si permanecemos juntos unos días más, ni fuerzas habría tenido para morir dignamente. Ahora todo ha quedado solucionado... ¡Entre los dos!
Desde aquel momento la más depresiva apatía envolvió la soledad de Adiorán Sauno. El mal fue que un filósofo cuya vida había transcurrido por los cauces profundos del pensamiento, dejó de pensar. ¡No quería hacerlo!
Y cuando un hombre como Adiorán está dispuesto a no pensar en nada, es que está deseando dejar de vivir también. En verdad esto le importaba bien poco. Tarde o temprano tenía que suceder. Allí en aquel desierto no podía confiar en nadie, ¡Ni el mismo Lenfa, con toda su buena voluntad, dispuesto a contravenir las disposiciones de Aen, podría, llegado el momento, facilitarle un hálito más de oxígeno!
Era fácil, sólo tenía que dar vuelta a las espitas de sus botellas y el soplo vivificador se apagaría en sus pulmones. ¡Después el sueño eterno, fácil, sereno!
Adiorán, sin embargo no haría esto. Ni lo hizo. Se limitó a vivir porque quería comprobar hasta dónde resistía un hombre solo, abandonado en un mundo desconocido, muerto.
Y así fueron pasando los días. Incluso llegó un momento en que el aire de sus botellas empezó a dilatarse, a llegar débil a su pecho. ¡La muerte! Pero recurrió a las botellas de Grund. Fue algo más fuerte que él mismo. No hubo necesidad de desenterrarle, puesto que previniendo este momento, las había guardado en el compartimiento posterior de la nave.
Incluso ésta había dejado de suministrar oxígeno de reserva. En uno de aquellos interminables días, Adiorán averiguó varias cosas importantes. Una de ellas fue que debía su vida a una estupidez de Grund precisamente. Examinó los reactores y los depósitos de

propergol y determinó de un modo convincente que Grund había hecho reventar un depósito de este carburante auxiliar, que penetró dentro del reactor atómico. Por esta causa, cuando pulsó la palanca de ignición, en el momento que caían al lago de mineral fundido, el reactor funcionó y puso en movimiento el navío. Y anteriormente no lo había hecho, pese a las pruebas de Gilbert y Basser, porque a éstos no se les habían ocurrido las estupideces que a Grund.
Supo así que la primera avería, causa del aterrizaje forzoso en Mercurio, forzoso en el buen sentido de la palabra, puesto que aquel planeta era su destino, obedecía a una simple obstrucción de condensación de hidrógeno en la pila atómica, impidiendo la perfecta fisión del reactor. Como también descubrió los imperfectos causados por Grund en el radioscopio de gran alcance. Todas las huellas dejadas por Grund dentro del cohete fueron estudiadas con detenimiento.
El conejito de indias muerto le habló de las causas que mataron a Gilbert y que Grund no quería le sucedieran a él, la gran bolsa de plástico con residuos de comida dentro, le habló de las expediciones del joven alemán, puesto que había varias bolsas de éstas.
Pero todo esto no le servía para nada. Hasta que llegó el día que el oxígeno empezó a terminarse.

* * *

¡No podía precisarlo con exactitud! ¿Dos días, tres... uno sólo? Pero el aire se terminaba, Esto era evidente, innegable.
Pensó que Lenfa no había venido como prometió. Habían pasado varios meses. Adiorán no había tenido valor para contar los días, pero Lenfa no vino.
Se dijo Adiorán que de bien poco le habría servido, sin duda, puesto que de alimentos no carecía, pero hay alimentos que son más importantes que los comestibles. ¡Y saber lo que había sido de Aena, era para él tanto o más que el aire que empezaba a faltarle!
¿Dos días, tres?, se preguntó una vez más.
Y agarrándose a esta esperanza decidió salir de su encierro y correr hacia el poblado donde estaba ella. Tal vez llegase a tiempo, antes de morir, de ver su rostro, tal vez pudiera arrastrarse hasta sus pies y exhalar el último suspiro junto a ella, y decirle que ahora sí la quería, pese a todo, a sus razas distintas, a su doctrina, a su marido, a todo cuanto de obstáculo podía interponerse entre los dos.
¿No sería demasiado tarde?
Angustiado por esta incertidumbre, Adiorán cogió unos pocos alimentos y se lanzó como un poseso fuera de la cabina de la espacionave enterrada en la arena.
Vio con sorpresa que una gran duna se había formado cubriendo por completo el aparato. Sólo la zanja quedaba al descubierto, por ahora;

pero el tiempo, y aquel sol ardiente desplazando las moléculas de hidrógeno, arrastrarían nueva arena y lo cubrirían del todo.
Sin volver el rostro, ni para mirar la desaparecida cruz de la tumba de Grund, también cubierta por la arena movediza del desierto, se alejó.
¡Y caminó todo el día por el desierto calcinado...!

EPÍLOGO

Adiorán Sauno no llegó nunca al poblado de los «poonas», ni volvió a saber de Aena...
Su destino había sido trazado desde hacía tiempo y estaba destinado a ser el único superviviente de una fracasada expedición a Mercurio.
No obstante, sus sufrimientos, tanto morales como físicos, se acentuaron todavía durante dos días más, después de abandonar desesperado el compartimiento de la nave espacial hundida en la arena.
Caminó como ciego... ¡En verdad se estaba quedando a causa de aquel sol enloquecedor y constante que no se ocultaba nunca! El creía que iba en dirección a donde los «poonas» se dirigieron llevándose a Aena, pero estaba muy equivocado. Caminaba inconscientemente, atormentado por la duda y por si el aire de sus semiextinguidas botellas sería suficiente para alcanzar el poblado de los «poonas».
Así durante horas, perdido, tambaleándose, ignorando que una ínfima cantidad de partículas fotónicas estaban atravesándole el casco y aturdiéndole, caminó incansable. Luego cayó al suelo atontado.
Pero su tenacidad era inagotable. Se arrastró por el suelo, engarfiando sus dedos en la arena blanda, y avanzó centímetro a centímetro. Las pocas provisiones que había llevado consigo duraron menos que su oxígeno, y un nuevo tormento se sumaba ahora a la lacerante obsesión de la muerte en un mundo perdido.
«¡Seguir adelante!, se decía instintivamente. ¡Adelante! Tengo que verla, tengo que oírla, tengo que...»
La cabeza de Adiorán dio contra el suelo. Allí quedó jadeando, sin ver a más de dos pasos, pues una niebla roja se había apoderado de su vista. Luego perdió el conocimiento por primera vez.
Al recobrarse miró aturdido en derredor y logró incorporarse, resecos los labios, abrasado de fiebre, confuso, loco, obsesionado. Después siguió avanzando no sabía hacia dónde; su única obsesión era avanzar.
Y lo hizo un día más. Perdió el conocimiento tres veces seguidas. La tercera vez se recobró y quedó dormido. Pero también se despertó, siempre de día, siempre abrasado por aquel sol gigantesco, y caminó como un sonámbulo, extendiendo las manos para no tropezar en un muro que no existía, para apoyarse débilmente cuando caía, para nada...
—¡Dios mío, es horrible tanto sufrimiento!— se dijo una vez.

De nuevo andar. Ahora sus ojos estaban hinchados y rojos. Ya no veía nada, ni el suelo que pisaba, ni sabía cuántos días llevaba caminando de aquel modo. A él le parecían años, quizá. Pero sólo eran dos. ¡Dos días desde que había salido de la espacionave enterrada!

Al fin cayó para no levantarse más...

En el mismo instante el destino, en forma de navío espacial, surcaba aquel cielo ardiente. En su interior, el comandante Aghar, jefe de la Colonia de Ambientación y Adaptación del Espacio, escudriñaba ávidamente la pantalla de un gran televisor que recorría la superficie de Mercurio buscando algún vestigio de sus hombres.

¡Y de pronto algo pasó como una centella por el espejo del televisor!

—¡Alto! —gritó estentóreamente Aghar sujetándose a los diales de su pantalla—. ¡Alto he dicho!

La gigantesca nave empezó a girar sobre sí misma descendiendo como un águila que tuviera las alas desplegadas sobre una indefensa presa. ¡Pero no, puesto que giraba, su curso era una órbita en espiral descendente y su centro el cuerpo tendido en la arena de un hombre cubierto con una escafandra de vacío!

—¡Es un cadáver! —gritaron varios de los hombres de la Colonia del «Gran Syrtis», en Marte, congregándose alrededor de la pantalla televisora de Aghar.

—¡Pero ya es algo! —respondió este último—. Al menos sabremos de qué ha muerto, puesto que no hemos podido encontrar ningún otro resto. ¡Preparados para tomar tierra! ¡Listos los equipos de emergencia!

Al posarse la gigantesca nave espacial sobre el suelo candente de la arena de Mercurio, un equipo de hombres vestidos de un modo similar a Adiorán, aunque con trajes mucho más modernos, corrieron hacia el cuerpo tendido del brasileño.

Los hombres de la Tierra no podían oír sus extrañas palabras incoherentes, pronunciadas en lengua «poona», pero sí pudieron apreciar que las condiciones de Adiorán, a quien reconocieron en seguida, eran casi agónicas.

Pronto le introdujeron en la nave y llevado al quirófano. Varios médicos le examinaron rápidamente y diagnosticaron un agotamiento tan depresivo, síntomas de radioactividad, y algo que no pudieron dictaminar al momento, pero luego supieron que Adiorán había estado respirando últimamente residuos mal mezclados de gases enrarecidos dentro de sus botellas de aire.

El pulmón artificial acogió a Adiorán y los continuos masajes cardíacos pudieron estimularlo. Se le alimentó por medio de sondas y por fin, tras cinco días de fatigoso esfuerzo, los médicos dijeron que había superado la crisis y que Adiorán Sauno se salvaría.

* * *

Adiorán abrió los ojos en una camareta de la espacionave terrestre. De momento no pudo decirse dónde estaba, aunque su primera idea, al recordar de un modo vivo la reciente odisea por el desierto, creyó encontrarse en el otro mundo.

—¡Estoy muerto....! —gritó—. ¡Gracias, Señor, gracias, porque me has evitado sufrir tanto!

Luego su voz misma le sorprendió. Al mirar a su alrededor se dijo que la estancia tenía todo el aspecto de algún lugar de la tierra... ¡Un hospital!

Vio su ropa, mejor dicho, su escafandra de vació en un rincón y su casco, y él se encontró vestido con un pijama blanco tendido en un lecho. Sobre una mesita cercana había varios medicamentos y una pequeña radiotelevisión. Cuando conectó los conmutadores la alegre visión de un programa espacial le confirmó que se encontraba a salvo entre sus compatriotas...

Y luego recordó aquel pueblo «poona» dejado atrás sobre el mundo calcinado de Mercurio. ¡Ellos, a su modo, también eran felices!

Mas de pronto, casi sonriendo al recordar el dulce rostro de Aena y su cabeza rapada y bien construida, tuvo un sobresalto... ¡El casco escafandra de cristal osmótico!

Haciendo un esfuerzo, porque se sentía débil, Adiorán se levantó y cogió el casco del suelo. Su mano atravesó el cristal como la cosa más natural del mundo.

—¡Tengo que destruir esto, cuanto antes! —dijo en voz alta.

La solución la encontró en el doble portillo de emergencia que todas las espacionaves de gran pasaje poseían dentro de las camaretas, adosadas a los mamparos externos.

Abrió el portillo y dejó el casco escafandra allí. Luego volvió a cerrar, y cuando dio apertura al portillo exterior, el casco escafandra salió despedido al espacio como un residuo inservible. ¡Allí quedaba borrada su prueba!

La idea de Adiorán de desprenderse de aquel objeto antes de que pudieran examinarlo los terrestres tenía un fundamento, muy sólido y profundo, pese a haber sido decidido en muy corto espacio de tiempo.

Y la respuesta la dieron sus palabras poco después, cuando entró Aghar en su camareta, sonriendo de oreja a oreja;

—¡Hola, «neo-filósofo»! —sonrió—. Me alegro de encontrarte despierto... Creo que has escapado de una y buena. ¿No?

Adiorán Sauno también sonrió y dijo:

—No puedo quejarme. Aquellos tres lo pasaron peor que yo. Fui dejando sus tumbas dispersas sobre aquel vasto mundo despoblado... —miró capcioso Adiorán a Aghar y siguió—, y de no ser por vosotros la mía habría quedado al descubierto.

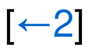
—Bueno, ahora viajamos rumbo a Marte. Pronto llegaremos y podrás regresar a la Tierra. Te tienes, bien merecido el descanso... ¿Dime, Adiorán, cómo es Mercurio?
—¡Un mundo inhabitable, cargado de radiactividad, calor y sin un germen de vida ni por error, Aghar!
¡La última mentira de Adiorán era una mentira piadosa! Así honraba el amor que sintió por una mujer que no era de su raza...

FIN

Notes

[←1]

Guntier-Villars: “*Le Planete Mercure*”, París, 1934.



Fenómeno físico consistente en el paso de líquidos de densidades a través de una membrana. El autor pretende aplicar este fenómeno a los materiales sólidos.